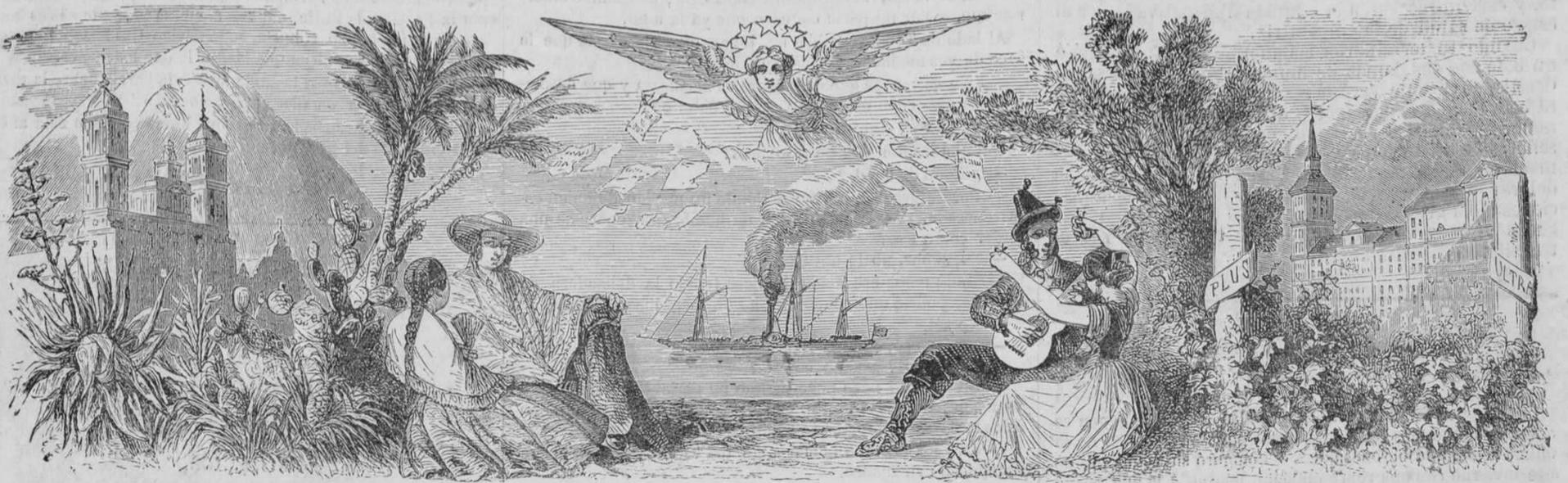


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



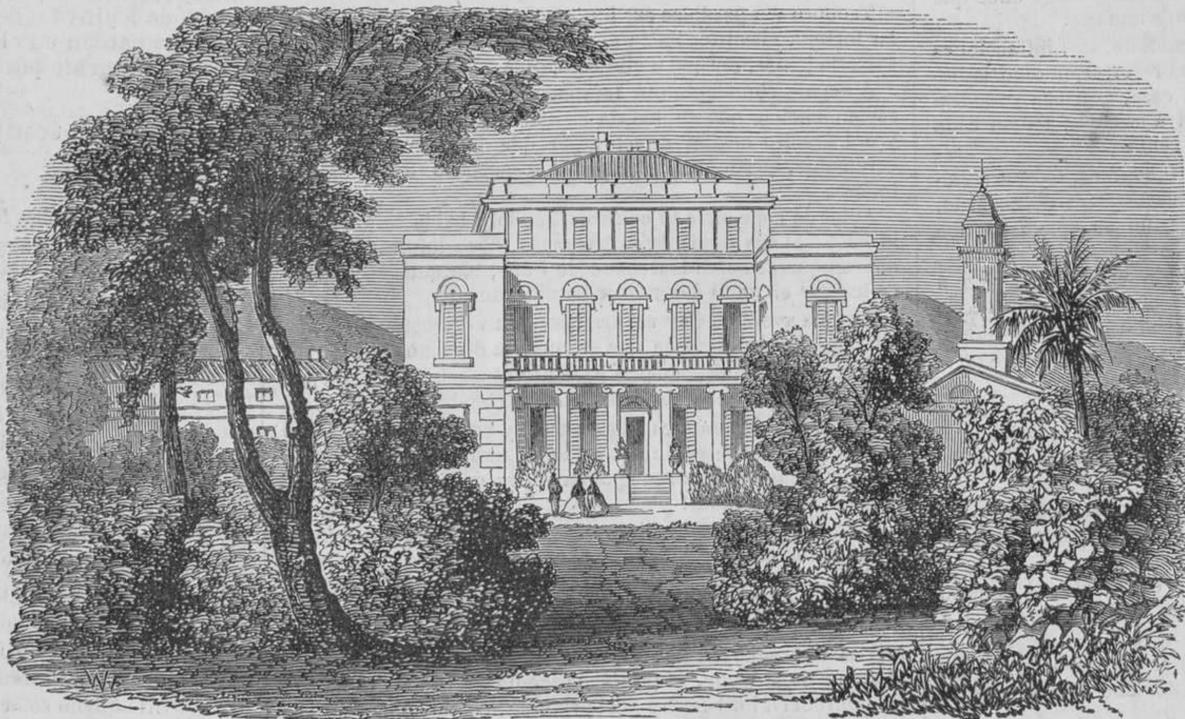
1859. — TOMO XIV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 18. — N° 359.

SUMARIO.

Llegada á Niza de S. M. la emperatriz viuda de Rusia; grabados. — Revista de Paris. — Composicion poética al templo del Escorial. — La ciudad de Luxemburgo; grabados. — La colonia agrícola de Bradières; grabado. — Ferrocarril del Norte. — El viaducto de Comelles; grabado. — Revista española. — Recuerdos de la guerra de Italia. — El castillo de Valleggio; grabado. — Recuerdos de la guerra de Italia. — Mozambano; grabado. — La jóven de Treppi. — Recuerdos de Taiti; grabados. — Anales de los artistas españoles. — Revista de la moda. — El imperio de Marruecos; grabado.



EL PALACIO DE ORESTIS EN NIZA, HABITACION DE S. M. LA EMPERATRIZ VIUDA DE RUSIA.

Llegada á Niza

DE S. M. LA EMPERATRIZ VIUDA DE RUSIA.

El 17 de octubre llegó á Niza, donde debe pasar el invierno, S. M. la emperatriz viuda de Rusia.

A eso de las nueve de la mañana un cañonazo anunció que la *Svetlana*, fragata rusa de hélice de cuarenta cañones, á cuyo bordo estaba S. M., doblaba la punta de Bordighiera. Dos horas despues la fragata fondeaba en la bahía de Villa franca á dos kilómetros de Niza, en presencia de una muchedumbre numerosa que habia acudido de la ciudad y de sus cercanías.

El desembarque de S. M. ofreció una escena muy animada. Pocos sitios presentan una perspectiva mas hermosa que la de la bahía de Villafranca. La ciudad, de



DESEMBARQUE EN LA DARSENA DE VILLAFRANCA DE S. M. LA EMPERATRIZ VIUDA DE RUSIA, EL 17 DE OCTUBRE DE 1859.

un aspecto africano, se encuentra á la falda de elevadas montañas; fué fundada por Carlos II, rey de Nápoles. El conjunto del cuadro que componen los accidentes de paisaje en derredor de la bahía, es de una belleza extraordinaria.

No hubo salvataje á la entrada de la *Sveltana* en el puerto, y esta infracción á la etiqueta fué motivada por el estado de salud de la emperatriz.

Cuando se terminaron las maniobras, S. M. bajó á un bote con sus damas de honor y con la condesa de Orestis, cuya villa será la residencia de la emperatriz. El bote llegó á la dársena, y S. M. fué recibida con los honores debidos á su rango por las autoridades y las señoras de distinción rusas que se hallan en Niza. Inmediatamente despues S. M. se fué á Niza en un coche del rey, y atravesó la ciudad al ruido de las aclamaciones de la guardia nacional, de las tropas recién llegadas y de la muchedumbre que se apiñaba por el tránsito.

C. A.

Revista de Paris.

Los salones comienzan á dar señales de vida. Segun se anuncia, habrá mas furor que nunca por las comedias. En la última semana la baronesa de *** inauguró sus reuniones de este invierno con una representacion teatral, á la que asistió una numerosa concurrencia. Las presentaciones en Paris son muy fáciles; como se trata solo de entablar unas relaciones que duran algunas horas cada semana en la noche de la recepción, se repara poco en la posición social de la persona presentada; además, el punto importante en toda sociedad es que haya mucha gente.

Entre los presentados por primera vez en casa de la baronesa, se contaba un sugeto de unos treinta y cinco años que habia llevado hasta aquí una vida muy amarga.

Se habia casado muy jóven y enamorado, dos infracciones á las costumbres parisienses. Un amor correspondido le habia unido con una señorita de buena casa, graciosa y modestamente dotada de una fortuna igual á la suya; tenían cada uno de nueve á diez mil francos de renta.

Este matrimonio que prometia ser muy feliz, dió un resultado contrario. Aunque los corazones estaban de acuerdo, los caracteres no lo estaban, y el cariño se apagó en una guerra declarada.

Las cosas llegaron á tal punto, que la vida comun vino á ser insoportable para entrambos. Era preciso romper á toda costa, y el marido aceptó la responsabilidad de este rompimiento, simulando el delito de injurias graves que motivó la separacion judicial de cuerpos y de bienes.

Seis años habian trascurrido desde que habian recobrado su libertad los malhadados esposos, y durante este tiempo no se habian visto una sola vez. Hacia el acaso parecia estar bien decidido á que no se encontraran.

Sin embargo, en la noche á que nos referimos quiso la suerte que se vieran al cabo de dos años de ausencia los esposos separados.

Cuando la baronesa oyó pronunciar en su salon el nombre de Teodoro de ***, no pudo menos de cortarse, y se fué á decirle con una turbacion marcada:

— Ignoraba que iba á tener el honor de ver á Vd. en mi casa. Si me hubiese prevenido de antemano este caballero, crea Vd...

Y decia esto mirando al amigo que le presentaba; pero hubo de interrumpirse porque principiaba la comedia.

Teodoro perdido entre la muchedumbre, echó una ojeada al teatro, y reconoció á su mujer en la actriz que entraba en escena.

Esta aparicion inesperada le conmovió profundamente.

Quiso salir, pero una fuerza superior á su voluntad le hizo permanecer clavado en su puesto.

Mas hermosa que nunca y en todo el brillo de la juventud, la señora en cuestion representaba como una actriz consumada, con tanta gracia, desenvoltura y sensibilidad, que la valieron murmullos de aprobacion y aplausos repetidos de todos los espectadores.

A poco rato el primero de sus admiradores era su marido.

Hechizado con la presencia de la mujer de quien se habia separado voluntariamente, se decia al contemplarla:

— Las faltas que yo la echaba en cara eran propias de su ligereza y el atolondramiento de sus pocos años. El tiempo la habrá dado mas juicio; en los seis años de libertad que acaba de tener, su conducta ha sido intachable; sé que ha conservado intacta su reputacion.

Y haciendo estas reflexiones deploraba lo pasado, y se preguntaba si no podria renacer en lo sucesivo una felicidad cortada por su imprudencia.

La señora de la casa se acercó á Teodoro en el entreacto, y le dijo con toda claridad lo que no pudo darle á entender anteriormente.

— Si hubiera sabido que debia Vd. venir, le dije, le habria prevenido de antemano, tanto por Vd., como por ella que es mi amiga íntima. Temo que si le ve á Vd. se conmueva demasiado. Pero por otra parte; cuánto celebraria que esta feliz casualidad produjera una reconciliacion entre Vds. Yo respondo de mi amiga, y aseguro á Vd. que su aislamiento la es insoportable. Su corazon está oprimido; á veces habla de Vd. sin amargura, y demostrando sentimientos que no son de ira ni de odio... Juraria que le ama á Vd., y quizás usted podria amarla.

Estas palabras que el marido escuchó en el silencio mas profundo, aumentaron la turbacion que experimentaba.

El telon se alzó de nuevo y comenzó el acto segundo de la comedia.

Teodoro se volvió á su puesto, y en breve sus miradas y sus reflexiones acabaron de aconsejarle y de persuadirle. Habia leído en su alma y estaba decidido.

— Sí, se decia, la baronesa tiene razon; podriamos amar-nos aun, y por mi parte conozco que ya la amo.

Al lado de Teodoro habia un jóven muy entusiasta que le sacó de sus meditaciones diciéndole:

— ¿No es verdad que esa señora es hechicera y que desempeña su papel con un talento extraordinario?

— Sí, señor; convengo en ello.

— ¡Qué lástima que no sea viuda!

— ¿Cómo dice Vd.?

— Por desgracia tiene no sé dónde un marido de quien está separada. ¿Aprueba Vd. que un hombre se separe de una mujer como esa?

— No, señor, no lo apruebo.

— Si al menos ese señor hubiese tenido la delicadeza de morirse, podria uno sucederle. Es un magnifico partido.

— No sé.

— Yo sí lo sé, es muy rica.

— ¿De veras? ¿Cómo es eso?

— Ha perdido hace poco tiempo un pariente lejano... digo yo lejano, porque si no lo fuera, no estaria ella representando á los tres meses de haber sufrido esa pérdida.

— Creo haber oido hablar algo del asunto; era un primo segundo de su madre.

— Pues bien, ese primo segundo la ha dejado toda su fortuna.

— ¿Y era grande?

— Cincuenta mil francos de renta.

— ¿Qué está Vd. diciendo?

— La pura verdad; me consta la cifra, porque he tomado informes en casa de su notario por si llegara á fallecer el pícaro marido.

Teodoro vió perdidas sus ilusiones. Aquella herencia, aquella fortuna elevaron entre él y su mujer un obstáculo que no salvaria jamás, porque á ello se oponia su delicadeza.

A mayor abundamiento tampoco podia ya pensar en una reconciliacion que se habria atribuido á un sordido interés, y era preciso ocultar aquel amor que habia renacido sinceramente, pero que habria sido sospechoso á los ojos de todos.

Antes de concluirse la comedia Teodoro habia salido ya de la casa. Al dia siguiente la baronesa quiso informarse, y la dijeron que se habia marchado de Paris, sin que nadie supiera indicar el punto á donde se ha dirigido.

En esta aventura hay seguramente un argumento de comedia, aunque el desenlace nos es todavia desconocido.

Esta semana ha producido bastante sensacion en Paris una obra nueva que tiene por título: «Los Hombres del dia.»

La obra en el fondo es interesante, y en cuanto á su forma es variada y entretenida; el estilo es ligero é incisivo, y en todas sus páginas la obra abunda en rasgos ingeniosos y en reflexiones oportunas.

Es una coleccion de biografias contemporáneas donde figuran estos nombres ilustres: el emperador Francisco José, lord Palmerston, Humboldt, el rey Victor Manuel, el mariscal Mac-Mahon, el baron de Hess, el rey Federico Guillermo, el general Giúlay, el mariscal Niel, el principe de Metternich, el mariscal Baraguey d'Hilliers, Garibaldi, el general Filangieri, el duque de Módena, el principe regente de Prusia, el mariscal Canrobert, lord Derby y el principe Schwarzenberg.

Despues de haber leído con atencion las biografias de estos personajes, se pregunta uno quién es el hombre privilegiado que ha visitado tantos paises y frecuentado tantas córtes para haber recogido los apuntes tan nuevos como originales que pone de manifiesto en sus estudios biográficos.

Hay quien dice en Paris que el libro está escrito por una mujer; no sabemos si es cierta la asercion, pero sí aseguramos que la lectura de esta obra es agradable. Las apreciaciones son muy imparciales.

Deciamos que era un libro entretenido, porque contiene anécdotas de todo género, hasta del género fantástico. Hé aquí una de ellas:

Cuenta el autor que hace unos quince años visitó un antiguo castillo situado en las inmediaciones de Nuremberg, donde habitaban un mayordomo y una vieja que tenia fama de bruja en la comarca.

«No se podia ir al castillo sin ver y sin interrogar á la vieja, y en aquella ocasion la sibila tomando unos naipes en la mano exclamó sobresaltada:

— ¡Qué nombres! ¡Qué personas! ¡Es imposible! No puede ser que los sucesos se repitan de ese modo, que volvamos á ver así lo que hemos visto. ¡Ay! me parece que estoy otra vez en la juventud... ¡Muy singular será el año de 1859!

Y parecia que se erizaban los cabellos ante las revelaciones del destino.

Yo pedí á la vieja (dice el autor) que me explicase mas claramente lo que veia.

— Miradlo, me respondió; ¿no queriais saber los nombres de los principes que dentro de quince años ocuparán los tronos de la Europa? Pues ahí están, y son los mismos que se han visto en otro tiempo.

En Francia, Napoleon; — en Rusia, Alejandro; — en Austria, Francisco; — en Prusia, Federico Guillermo; — en Roma, Pio.

Preciso es confesar que en 1844 la profecía era sorprendente; yo me eché á reir y dije á la anciana:

— Esas cartas están de broma, y dicen esos nombres porque no saben otros. Si no reflexionemos: principiando por la Francia, Luis Felipe reina en ella y se halla en la fuerza de la vida; nada indica que deba morir ó caer del trono; y

aun suponiendo una catástrofe, ¿no está ahí su raza que abunda en jóvenes principes?

— Será lo que quiera, pero hé aquí un naipe que representa al gran Corso.

— ¿Y el Austria? Segun ese sistema, ¿en qué vienen á parar el emperador Fernando y su heredero presuntivo? Pase por la Prusia y la Rusia, aunque el emperador Nicolás es hombre de constitucion robusta, y Federico Guillermo tiene sin duda una vida mas larga que la que le dan los naipes.

Al oír estas palabras la sibila arrojó la baraja sobre la mesa y no quiso entrar en mas explicaciones.»

No olviden nuestros lectores que hemos elegido esta anécdota entre las del género fantástico.

MARTIANO URRABIETA.

COMPOSICION POÉTICA

AL

TEMPLO DEL ESCORIAL

POR DON JUAN MIGUEL DE ARRAMBIDE.

AL LECTOR.

El discurso leído por don Leopoldo Augusto de Cueto, á su recepcion en la Academia española, ha impulsado al autor de la presente composicion á ofrecerla de nuevo á los amantes de las glorias de España: la escribió hace años, hallándose de oficial del ministerio de la Guerra, excitado por su amor patrio, y como una especie de lenitivo ó desagravio á los respetables restos que se guardan en el *Panteon del Escorial*, ultrajados por un eminente poeta.

Al templo del Escorial.

Si de noble furor y rabia henchido
O en santa indignacion, el pecho siente
El que de extraña gente
Al infando alarido
De no aplacada saña,
La gloria escucha manciillar de España,
¿Cómo sin confusion, llanto y congoja,
De los propios la baja apostasia
Y la torpe porfia
Podrá sufrir que la calumnia arroja?

Eterna maldicion al monstruo impuro
Que impávido y sereno
Con ánimo seguro
Hundió el puñal en el materno seno,
O al que ufano é inclemente
Y en nuevo frenesi, ciego aplicara
Al antiguo solar la tea ardiente,
Do el amor paternal le alimentara.

Viva la faz del sol cuando en enero
Entre frígidos copos se presenta,
Muy mas fulgente resplandor ostenta
Su resplandor primero:
Precio mayor, mas digno lustre y fama,
Timbre mas bello y poderoso escudo
La virtud muestra y la verdad proclama.
De la vil detraction al golpe fúdo
Oro mas puro en la fundente llama.

Absorto el universo, aquel gigante
Vió que adornó con sus divinos dones
La pródiga natura, y que triunfante
Llevó hasta el fin del orbe sus pendones:
Que al mundo sustentó cual nuevo Atlante,
Y acataron sumisas las naciones;
Y que en su airosa y bélica cimera
Ostentó del leon la imágen fiera.

Fija una planta en Covadonga un dia,
El fuego de Numancia respirando,
Y el volcan de Sagunto que aun ardia;
En las Navas al árabe humillando,
Con la otra planta intrépido oprimia
De Hispalis el poder; y en pos hollando
De Boabdil el imperio y la fortuna
Al Africa arrojó la media-luna.

Y revolviendo los brillantes ojos,
Dueño y señor del continente hispano,
Disipada la ira y los enojos,
De contrario sugeto el bando insano,
Ansiando nuevos lauros y despojos
Que el cielo le endonó con franca mano,

A otro mundo extendió su poderío
Y osó decir: «El universo es mío.»

Con la imperial corona y regio manto
Sobre el luciente casco y la armadura,
En todo el globo do sembró el espanto
El predominio excelso se asegura;
Y triunfante en Pavia y en Lepanto,
En San Quintín cortó la liga impura;
Y humillada la Italia le obedece,
Y á su eco el Vaticano se estremece.

Y la Flandes tembló, y el monstruo odioso
Que con ábito impuro y pestilente
Do el claro Rhin discurre caudaloso
Se vió elevar la seductora frente,
Inerme ante el magnánimo coloso
Y eclipsado á su luz resplandeciente,
Respetó en su furor el libre suelo
Do vertió el alma paz, dicha y consuelo.

Y esa astuta Albion que en negro encono
Derrocado miró su poderío,
Esa sirena que en mentido tono
Su imperio ensalza tétrico y sombrío,
Do tiene la ambición fijo su trono
Y manda la discordia á su albedrío,
Al furor de rabiosos elementos
Existió en su elevado y firme asiento.

La odiosa turba que anheló primero
De lívido rencor y odio llevada
Herir la frente del gigante fiero,
A sus plantas confusa y humillada,
En su estupor imbecil y altanero
Y en el cieno ó el polvo sepultada,
En indocta ebriedad y misteriosa
Troció la espada en pluma calumniosa.

Y hasta el santo retiro en do postrado
La cogulla á la púrpura prefiere,
Y en místico reposo retirado
Del rumor mundanal se aparta y muere,
El espíritu impuro y despiadado
Que la osadía aun impotente adquiere,
Con dura rabia y con impura boca
Lo infama, lo deslustra y lo provoca.

Y á ese digno padron de eterna fama,
De gloria y esplendor fiel monumento,
De grandeza y piedad rico oriflama,
Do la virtud y honor tienen su asiento,
Do brilla del saber la viva llama
En divinal artístico portento,
Los pestilentes rayos le vibraron
Que en sus regios sepulcros reflejaron.

¡Mármol sagrado y grandioso
Do tanto poder se encierra!
¡Templo divino y glorioso!
Tu depósito precioso
Conmover hizo la tierra.

¡Altar elevado y santo!
El genio que te formó
Para ser del mundo encanto,
Al cubrirte con su manto
Nombre eterno te legó.

Esa fábrica do brilla
El lustre de tantos reyes
Honor y prez de Castilla,
De dos mundos maravilla
Por el valor y las leyes,

Do mil ganados pendones
Adornan sus mausoleos,
Y en compendiados renglones
De tantas generaciones
Nos ofrecen los trofeos;

Es símbolo de lealtad,
De grandiosidad modelo,
Emblema de majestad,
De ciencia y de caridad,
Bello traslado del cielo.

Su luz no se eclipsará,
Ni el emponzoñado aliento
De la envidia, empañará
Ese solío en do tendrá
La noble España su asiento.

Pues el horrible alarido
Que entre tus cúpulas bellas
Lanzara, cual el vencido,
Un hijo desconocido,
Se perdió entre las estrellas.

Y aun luce el sol; y su semiante hermoso
Aun derrama en tu fábrica esplendente
Sus raudales de luz; y el luminoso,
El estrellado manto del potente,
Aun cubre el panteon regio y glorioso
Do brillan con la espada refulgente
Que triunfó del poder de cien naciones,
De Carlos y Felipe los blasones.

La ciudad de Luxemburgo.

INAUGURACION DE LOS FERRO-CARRILES GUILLERMO-LUXEMBURGO.

La ciudad de Luxemburgo es una de las fortalezas mas antiguas y notables de Europa. La naturaleza y el arte se han reunido para hacer de ella una plaza de guerra capaz de resistir á los sitios mas obstinados. Desde su origen (960) ha pasado por un gran número de dominadores que todos han dejado en ella alguna señal.

Tiene torreones de la edad media, construcciones españolas, francesas y austriacas, y ruinas de épocas mas recientes. Sus fortificaciones son grandiosas, muy numerosas y complicadas. Su armamento completo necesitaría una guarnición de quince mil hombres. Un vasto sistema de minas se extiende hasta sus obras exteriores. La fortaleza ha sostenido quince sitios, bloqueos, bombardeos ó asaltos.

El castillo de Luxemburgo fué en otro tiempo residencia de los celtas y despues de los romanos. En 963 el conde Sigifrido adquirió el castillo de la abadía de San Maximino, á la que le habia cedido Carlos Martel en el siglo VIII.

Sigifrido se estableció en el castillo de Luxemburgo é hizo levantar las torres y restaurar sus murallas. Varios señores de las cercanías se agruparon en torno del soberano cuya corte formaban; y las poblaciones, atraídas hácia aquel centro de prosperidad, ayudaron al príncipe á fundar la ciudad y sus arrabales. En breve las casas se multiplicaron de tal modo, que en 1050 hubo que ensanchar el recinto de la ciudad, que se aumentó y se embelleció mas aun bajo el reinado de Guillermo; por último, á fines del siglo XIV llegó á tener su extensión actual reinando Wenceslao.

Los dos arrabales, el Grund y el Pfaffenthal, separados por los jardines de Clausen, reúnen la tercera parte de la población de Luxemburgo, cuyo total se eleva á 14,000 habitantes, sin comprender la guarnición que es de 4,000 hombres.

Estos arrabales ó ciudades bajas, están bañados por el Alzette, al que confluye en la puerta Thionville el río de Petrusa. La ciudad alta se cierra con cuatro puertas; el Grund tiene dos puertas exteriores, y el Pfaffenthal tiene cuatro.

El enorme peñon donde estaba el antiguo castillo se halla hoy transformado en un bastion inexpugnable que sirve de primera defensa á la ciudad por el lado del Este. Esta roca enteramente socavada contiene tres pisos de casamatas, almacenes y alojamientos á prueba de bomba.

El bastion llamado el Bouc comunica con la ciudad por un puente de piedra, de aspecto imponente, construido en 1753. La ciudad tiene tres puertas principales y cuatro templos consagrados al culto católico; además hay algunos edificios que las guerras ó los trastornos revolucionarios han arrebatado al culto divino.

Los principales monumentos de Luxemburgo son: el palacio del Gobierno, que fué en otras épocas el municipio, el palacio del gobernador de la fortaleza, el seminario, el círculo literario y la cárcel civil y militar.

Dos construcciones mas merecen ser citadas, y son dos pozos de la ciudad alta, obra de María Teresa en el año de 1741. El pozo Rojo y el de la plaza de Armas están abiertos en la roca á mas de 180 piés de profundidad, y pueden suministrar el agua necesaria á las necesidades de la guarnición y los habitantes en el caso en que durante un bloqueo, lograra el enemigo desviar el curso del río.

El cuartel de la Puerta Nueva y el del Espíritu Santo tienen tambien sus pozos, el primero á 200 piés y el segundo á 150.

Hay en Luxemburgo varios sitios que debe visitar el extranjero, y son: el jardín de los Arcabuceros en Clausen; el Casino militar, que es un hermoso establecimiento, con bonitos paseos, y por último, el jardín de M. de la Fontaine, ex-gobernador del país.

La comarca muy rica ya por su producción natural y por el desarrollo de su industria está llamada á un alto grado de prosperidad, gracias á los ferro-carriles de Guillermo-Luxemburgo, cuya inauguración ha tenido lugar el 4 de octubre.

Estos ferro-carriles constan de cuatro líneas que parten de Luxemburgo. Las cuatro no son otra cosa que

porciones de las grandes vías férreas que van del Báltico al Mediterráneo por el camino mas corto y directo, de las provincias meridionales de la Alemania al centro de la Francia. De aquí se deduce toda la importancia de esos caminos; pues trasportarán en tránsito las mercancías de la Alemania, de la Prusia, de las villas anseáticas de todo el Norte de la Europa, y llevarán en cambio las mercancías del Mediodía.

La línea de Thionville á Luxemburgo tiene una extensión de 33 kilómetros, de ellos 16 en el territorio del Luxemburgo. Se encuentran tres estaciones intermedias partiendo de Thionville, á saber: la estación de Luttange en el territorio francés, y las de Bettemburgo y Feutnuge en el territorio del Luxemburgo.

En Bettemburgo arranca una línea de 16 kilómetros en dos ramales con tronco comun de 4 kilómetros; uno de estos ramales va á Ottange, y el otro se dirige á Esich. Estos caminos abrazan toda la masa minera, y llevarán los minerales á Bettemburgo. Los de la vía principal estarán concluidos dentro de tres meses.

Las obras de algun interés son el subterráneo de Dudelange, cerca de la frontera francesa, de 380 metros de largo, y el puente de Bettemburgo construido sobre el Alzette.

La línea de Arlon á Luxemburgo tiene un trayecto de 26 kilómetros, de ellos, 19 en el gran ducado; no ha presentado grandes dificultades de ejecución. Sus estaciones son cinco: la de Herpenich en el territorio belga, y las de Bettingen, Capellen, Namur y Strassen en el territorio del gran-ducado.

Estas dos líneas recorren un país risueño y fértil. La línea de Francia que se eleva del valle del Moselle ofrece bonitos puntos de vista. La línea de Bélgica recorre á partir de Arlon un país desigual hasta la frontera, pero despues el terreno es llano. Tambien se ven aquí muchos prados y bosques como en la línea de Francia; la línea llega al embarcadero de Luxemburgo por el mismo lado que la de Francia.

Todas las dificultades se hallaban concentradas en Luxemburgo.

Hubo que buscar un sitio para el embarcadero bueno á la vez para la empresa, para los intereses de la defensa de la plaza y para los del gobierno. El proyecto del ingeniero en jefe Grenier ha dejado satisfechas estas exigencias.

El embarcadero es de paso para las direcciones principales; es vasto y cómodo, permite los ensanches que puedan necesitarse en lo sucesivo, y empalma con las líneas del Norte y de Tréveris por el trazado mas directo y económico. Se halla situado un poco mas allá de Buena-Vía, á la vista de los fuertes Wallis y Meizorg.

Las líneas de Tréveris y del Norte se hallan en construcción ahora.

El camino de Tréveris estará concluido el año próximo hácia el mes de noviembre, y el del Norte poco tiempo despues. La línea de Tréveris tiene una extensión de 50 kilómetros; la del Norte hasta Dickirek tiene 33 kilómetros.

Las obras mas importantes se hallan en la travesía de la ciudad sobre las líneas de Tréveris y del Norte. Son grandes viaductos sobre el valle limitado por rocas á pico, valle muy profundo y tortuoso que rodea la ciudad por ese pico. Estos viaductos aumentan la belleza del paisaje.

Nada se puede imaginar mas pintoresco y grandioso que el panorama que se presenta al salir del embarcadero por las líneas de Tréveris y del Norte. Un poco mas arriba del nivel del ferro-carril y en lo alto de las rocas y de las murallas almenadas, se despliega la ciudad alta en el fondo del valle, se distingue el Grund ó ciudad baja, todo esto entre rocas y arroyos que forman un paisaje magnífico.

Al salir del embarcadero las líneas de Tréveris y del Norte tienen una parte comun hasta despues de atravesado el valle por un primer viaducto de 290 metros de largo y 40 metros de altura sobre el valle.

Estas dos líneas se dividen á la salida del viaducto; la de Tréveris va á la derecha junto al declive de las rocas sobre las cuales hay obras de fortificación, y la línea del Norte va á la izquierda y atraviesa dos veces el valle en viaducto.

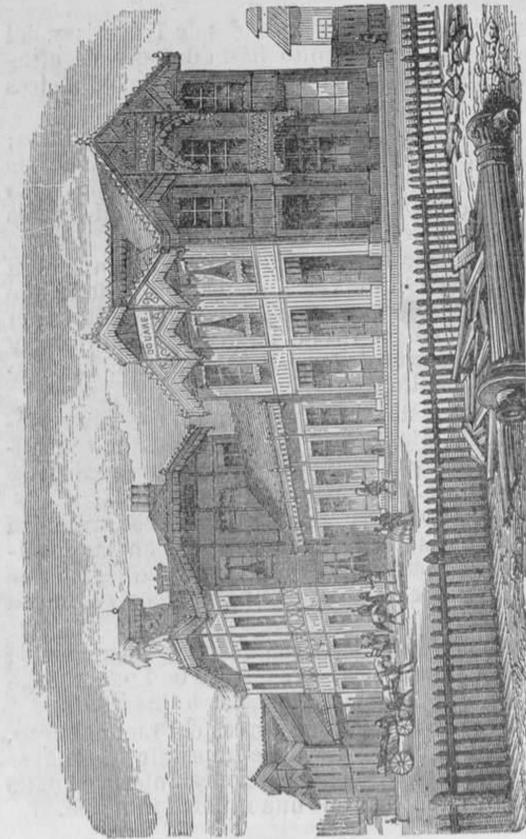
Los tres viaductos forman, digámoslo así, una obra separada por cortos intervalos. Acabamos de decir que el primero tiene 290 metros de largo y 40 de altura; el segundo tiene 200 metros de largo y 32 de altura, y el tercero 290 metros de largo y 33 de altura. La construcción será idéntica.

El primer viaducto, el de Pulwermuhl está muy adelantado; el segundo llamado de Clausen, tiene concluidos ya los cimientos, y en la primavera próxima se principiará el tercero llamado del Pfaffenthal.

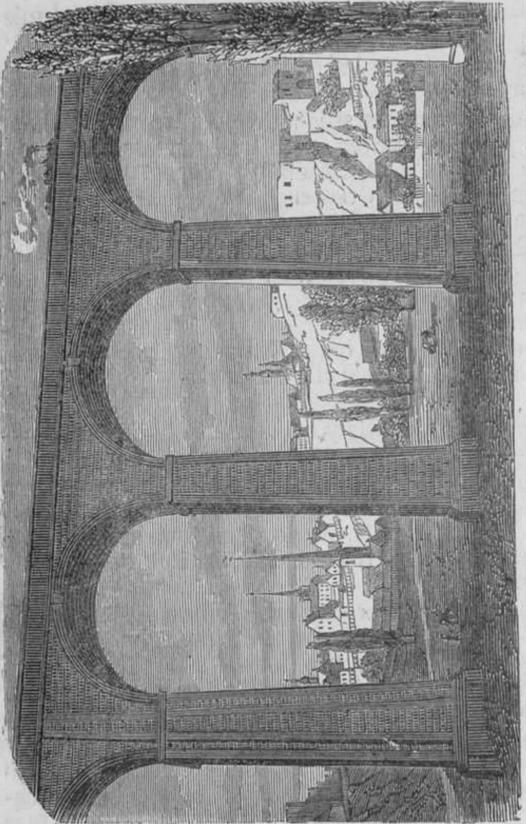
El estilo de su construcción es severa y se armoniza bien con las rocas; las obras ejecutadas en las dos líneas ya en explotación, presentan el mismo carácter de sencillez y de fuerza y se distinguen por su buena ejecución.

Las estaciones de viajeros son de muy buen gusto; todas ellas son de fábrica, excepto la de Luxemburgo que es de madera, por las exigencias militares.

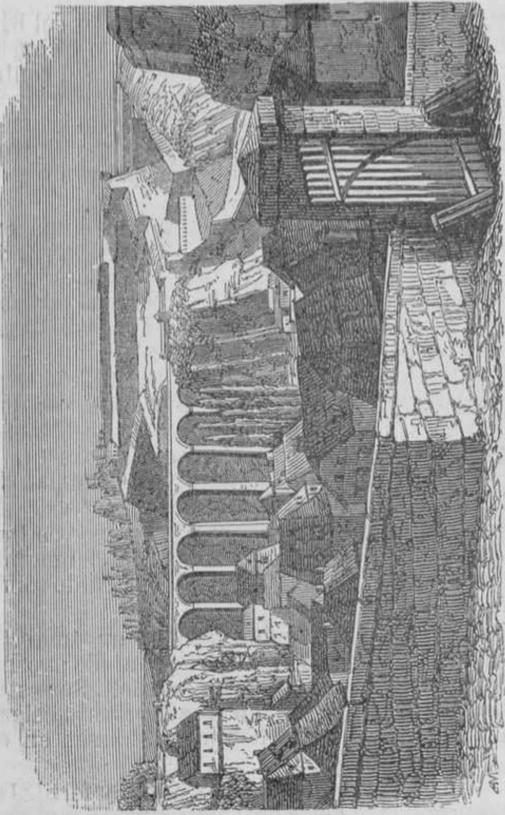
La explotación de las vías férreas del Luxemburgo, además de la actividad que debe imprimir á la industria nacional, dará á las transacciones internacionales un agente de circulación de una utilidad inmensa.



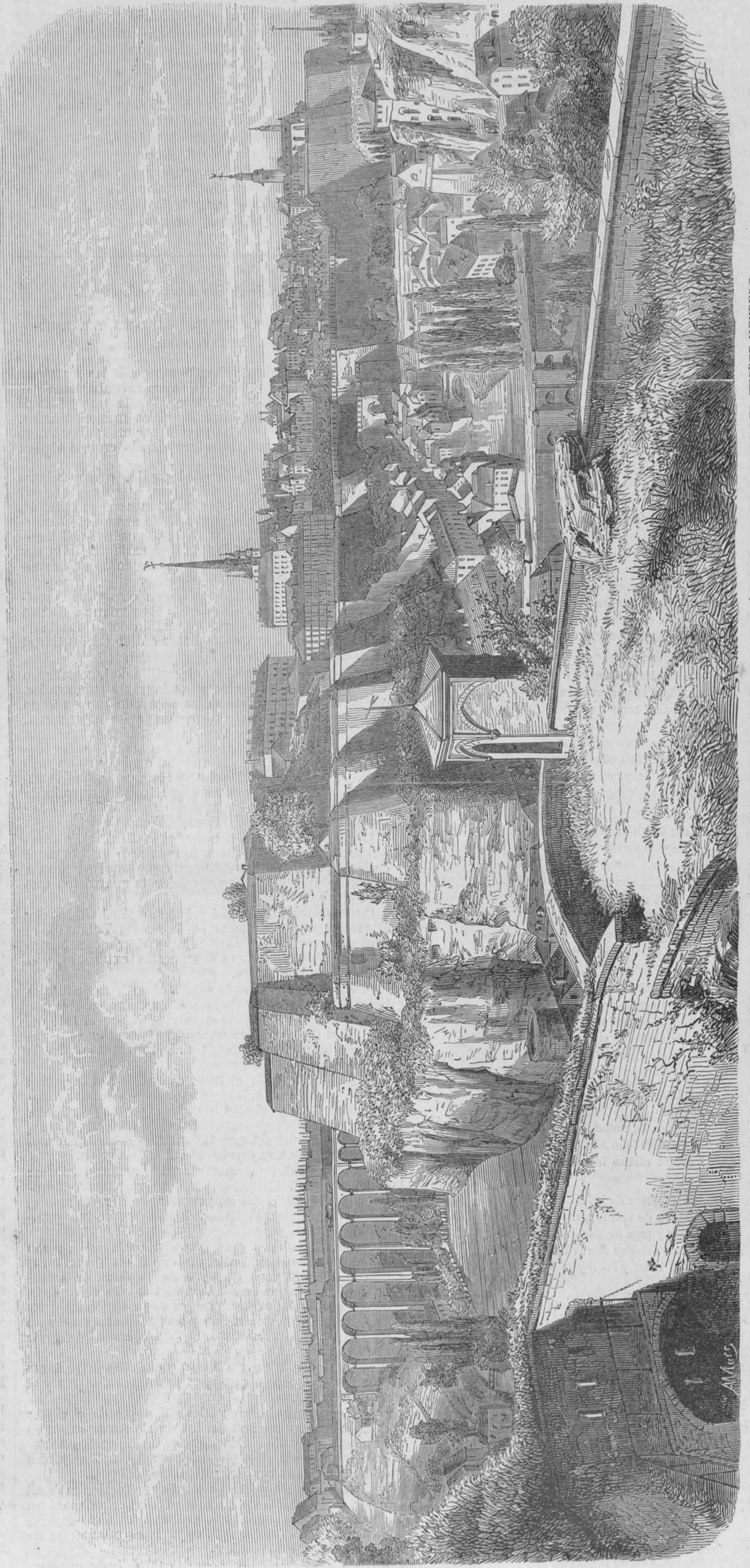
EMBARCADERO DE LUXEMBURGO.



VISTA DE LUXEMBURGO TOMADA BAJO EL VIADUCTO DE CLAUSEN.



VIADUCTO DE BISSERWEIG.



LA CIUDAD DE LUXEMBURGO Y LA CIUDAD BAJA EL GRUND, VISTA TOMADA DE VERLORENKOST, A LA SALIDA DEL TUNEL DEL FUERTE NEUBERG.



LA COLONIA AGRICOLA DE BRADIERES, CERCA DE POITIERS.

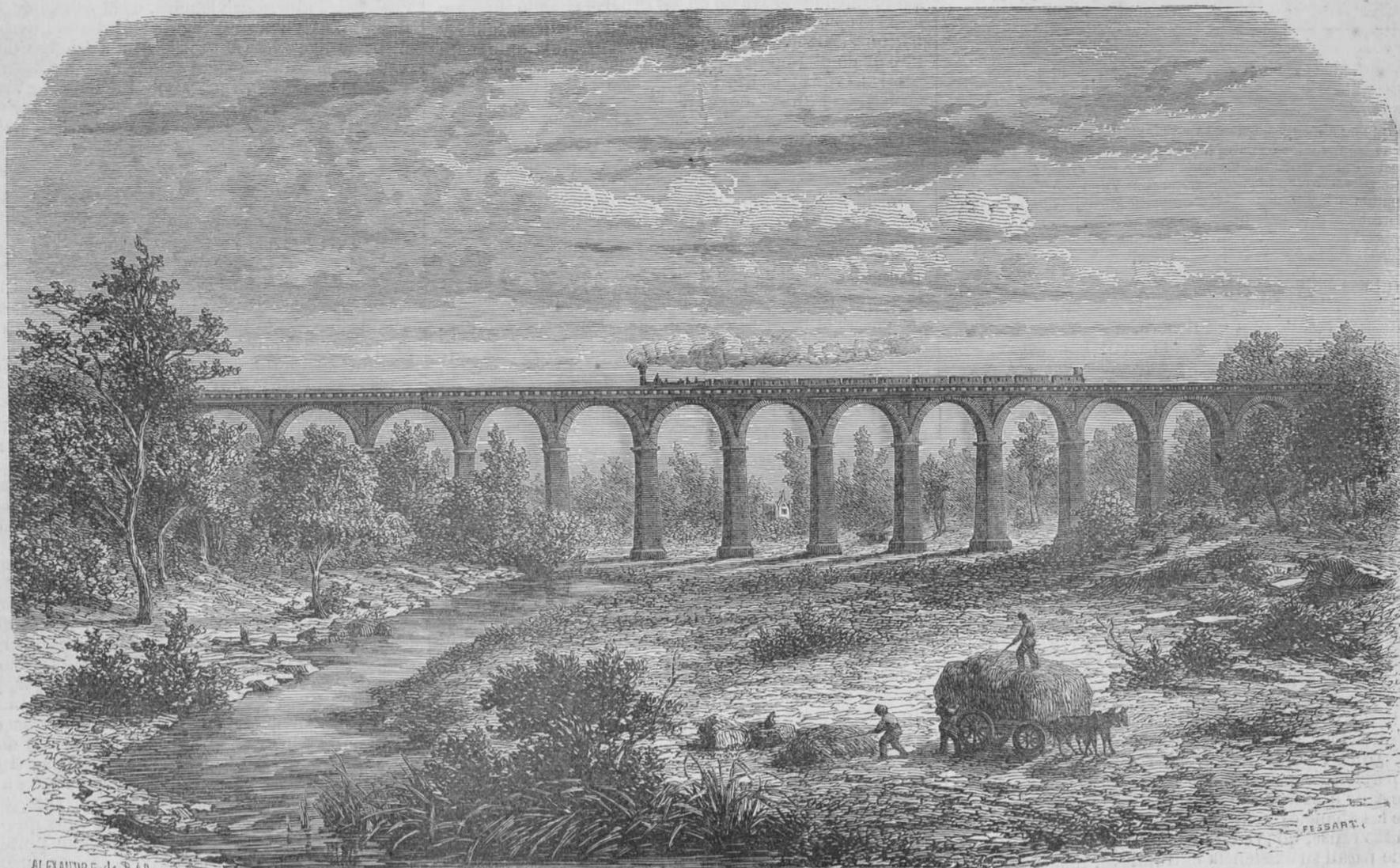
La colonia agrícola de Bradieres.

Este establecimiento se halla destinado á la educación agrícola de niños expósitos, que se envían allí de los hospicios de París y de Poitiers. Se halla situado á 16 kilómetros de esta última ciu-

dad, y se llega á él por una carretera que atraviesa un país de bonito aspecto.

La colonia de Bradieres es una especie de escuela primaria de agricultura, destinada á formar el género de trabajadores que mas falta hacen en el campo; los trabajadores de primer grado, gran servicio que se ha-

ce á la industria vital de la tierra. La beneficencia pública de París cuenta en Bradieres mas de ochenta de sus pupilos, los menos fáciles de dirigir; el departamento del Vienne coloca allí cincuenta anualmente. Este personal se sustrae así al aire malsano y á la ociosidad del hospicio, sometido como lo está á una vida activa.



ALEXANDRE de SAR

EL VIADUCTO DE COMELLES EN EL FERRO-CARRIL DE CHANTILLY. (Véase el artículo en la página siguiente.)

Seguramente es esta una obra útil entre todas, ya bajo el punto de vista de la agricultura y del interés general, ya bajo el punto de vista particular del porvenir de los niños expósitos, y sería superfluo insistir acerca de la importancia y el mérito de semejante institución, en una época en que la sociedad ha comprendido que entre los primeros deberes públicos debe figurar la obligación de moralizar por medio de la educación y el trabajo á las clases válidas y mas aisladas de la sociedad.

L. C.

Ferro-carril del Norte. — El viaducto de Comelles.

El ferro-carril del Norte que tiene en Francia 1,583 kilómetros, comprende, gracias á concesiones sucesivas desde la época de su creación, las líneas de Amiens á Boulogne, de San Quintin á Erquelines, de Tergnier á Laon, de Creil á Beauvais, de Paris á Soissons, de Boulogne á Calais y otras que seria largo enumerar. Entre estas líneas figura igualmente el camino directo de Paris, ó mas bien de Saint-Denis á Creil que se inauguró el 10 de mayo último. En esta nueva línea se han vencido grandes dificultades, se han atravesado valles y montañas, y se ha reducido el trayecto á 50,200 metros, ganando así 17 kilómetros sobre la primera línea construida hace algunos años.

Entre Paris y Saint-Denis no han hecho mas que añadir dos vías á las dos primitivas, de modo que cuando esté hecho el nuevo embarcadero de Paris, el servicio de las dos líneas será completamente separado. A partir de Saint-Denis el trazado se dirige casi en línea recta hasta Louvres; de aquí pasa á Survilliers, atraviesa Chantilly, y empalma con la antigua línea en Montataire á la vista de Creil.

Las curvas tienen al menos 4,000 metros de radio, y las cuestas no pasan de 3 milímetros por metro. El trazado presenta dos grandes declives que han exigido obras de mucha importancia. En cuanto á las obras de arte, citaremos en primera línea el viaducto que se ve representado en nuestro dibujo. Este viaducto está en Comelles en el bosque de Chantilly á 500 metros de los estanques, donde se terminan las grandes cacerías, tiene 40 metros de altura, y se compone de 15 arcos de 19 metros de abertura. El terreno ha exigido un cimiento que está formado con 1,400 estacas. La vista se extiende de ahí sobre las masas sombrías del bosque que en esta época del año ofrece las tintas mas ricas y variadas.

En Chantilly hay otro viaducto de 36 arcos de 10 metros de abertura cada uno y de 21 metros de altura, que atraviesa los pantanos de la Canardiere; está sostenido por 2,200 estacas y algunos machones.

Entre San Maximino y Creil el puente sobre el Oise tiene 3 arcos de 30 metros. — No tenemos espacio para hablar de otras varias obras que denotan grandes progresos en el arte de la construcción de ferro-carriles, y que honran mucho á M. Couche, ingeniero en jefe, y á M. Mantion, ingeniero de la compañía del Norte.

A pesar de todo esto, los 50 kilómetros de este camino no han costado mas que 48 millones, ó sean 360,000 francos por kilómetro.

P. T.

Revista Española.

Cosas que se abren y cosas que se cierran. — Proyecto de escuelas públicas. — Teatros. — El señor Breton de los Herreros. — Mas estrenos en el Príncipe. — Circo, dos nuevas actrices. — Novedades en Lope de Vega. — Traductores llamados á las tablas. — Zarzuelas que divierten. — La señora Grisi y el Teatro Real. — Entusiasmo contra los moros. — Versos. — Nuestra Señora de Valme. — Lluvia y tristezas.

Octubre es el mes de las aperturas, y para probarlo voy á poner á Vds. una lista de las cosas que se abren mientras él está vigente. Primero, ó sea el día uno, se abren las universidades, con lo cual, como no puede menos, se abren tambien las puertas de las cátedras, las explicaciones de los maestros, los oídos de los discípulos y el salon de grados. Luego se abre el Teatro Real y algun otro, y por consiguiente los bolsillos de los abonados, el despacho de billetes y la boca de los cantantes; y en seguida van abriéndose por turno las siguientes cosas.

Las regaderas del cielo, y tras de ellas los paraguas, los cajones en que se guarda la ropa de invierno, los almacenes de leña y los de alfombras, las ganas de comer á los enemigos del verano, los bailes del Circo de Paul y Capellanes, y los salones de la aristocracia con sus correspondientes buffets, y el depósito de pulmonías de Guadarrama. Verdad que en cambio se cierran otra porcion de cosas, como las horchaterías, el paseo nocturno del Prado y las cortinas del cielo, pero váyase lo uno por lo otro, y buen viaje á las diversiones que se van en gracia de las que vienen.

El tiempo que llega, dicen los filósofos, es propio de la meditación: ya lo creo, encerrado entre el frío y el agua, ¿quién no deja volar su fantasía pensando en una porcion de cosas, como por ejemplo, en que no puede salir á paseo, en las ventajas y los inconvenientes de los chanclos y en el estado de su capa? Por esa razon las ranas, que viven en el agua, y los osos blancos que pasan su existencia entre nieve, tienen un aspecto tan grave y tan meditabundo. No comprendo

cómo un hombre del talento de Melendez Valdés tenia valor para saludar la entrada del invierno diciendo:

¡Salud, lúgubres días! ¡horrorosos Aquilones, salud!

Que al fin y al cabo si es noble perdonar al enemigo, no es una gran muestra de discrecion el dar tales pruebas de cortesía á quien nos trae las pulmonías, las toses y demás adherentes que es la ocupacion continua de los aquilones.

De todos modos, y ya que empezamos la temporada del estudio, si yo estuviera encargado de la instruccion pública, aprovecharia una porcion de asignaturas que se enseñan en Madrid al aire libre para difundir los conocimientos útiles. ¿No lo creen Vds.? Pues oigan el programa y se convencerán, aunque no conozcan las costumbres de esta corte.

ARTES. — HORTICULTURA, FLORICULTURA Y TIESTICULTURA: — La leccion tiene lugar generalmente por la noche, y aunque de día vese con gusto la hermosa frondosidad de los balcones, despues de oscurecer es cuando se conoce por experiencia al pasar debajo si los aéreas bosques son de regadío.

BIBLIOGRAFIA: — Bibliotecas públicas en todas las encrucijadas. Los volúmenes están colocados por el mismo sistema que los granos de algarroba en las eras. El público puede hojearlos y escarbar en ellos gratis, con tal que se ponga casi en cuatro piés como postura ingeniosa.

LENGUAS VIVAS: — Las de las verduleras por las mañanas. Las de los vendedores de periódicos á todas horas.

ELOQUENCIA PUBLICA: — Lúcese generalmente sus maestros cuando despues de haber atropellado un coche, mordido un perro, etc., se reúne mucha gente ocupada, y ellos declaman contra el que no va á pié, contra el que gasta en perros lo que debiera dar á los pobres, y contra varias cosas que les importan lo que estas. Tambien suele darse esta leccion despues de las de

ESGRIMA: — La explican comunmente los chiquillos y las mujeres. Hay dos clases. Esgrima de lengua y esgrima de manos y de piés. Conociendo los alumnos lo útil de estas lecciones, azuzan á los maestros para que continuen como si fueran gatos ó mastines.

GEOLOGIA Y PALEONTOLOGIA: — La sobreposicion de las capas de tierra que forman el globo puede estudiarse en las faldas de las niñas elegantes. Detrás de ellas solo se encuentran fósiles.

FILANTROFIA: — Arte que da de vivir. Adorna á los pobres con uniforme, y se viste de carteles, anuncios y gacetas para salir en público.

FISICA: — Los efectos del calórico pruébanse por los tostadores del cacao; el magnetismo animal por las peras, que así que salen en sazón á la calle se llevan detrás cuantos perros encuentran. Las propiedades y ventajas de la luz puede conocerlas cualquiera desde las dos de la noche en adelante. Hácense evoluciones de estática ó equilibrio sobre cáscaras de melon en verano y hojas de berza en invierno; y el movimiento de los líquidos con todos los fenómenos del chorro ó vena líquida puede observarse en las canales cuando llueve y en las ropas recién lavadas que asoman en ventanas y balcones. De acústica no se abre curso, porque para hablar de ella no se necesita ya mas que tener boca.

LITERATURA: — Las esquinas son lo que mas rebosa en letras, y quien mas se viste y abriga con ellas.

CIENCIAS. — GIMNASIA: — A todas horas y en todas las calles sirven de trampolin y de trapecio, y no pocas veces de tropiezo, los vendedores con sus puestos, y los escombros y cascotes de las obras.

MUSICA: — Hay maestros é instrumentos de todas clases. De percusion, los vendedores de belones y sartenes. De aire, los fuelles y las veletas. De cuerda, los mozos de cordel.

DIBUJO Y PINTURA: — Dibújase al carbon en todas las esquinas. Lúcese ejemplares de pintura al fresco en las portadas de taberna. A la aguada, detrás del mostrador de las mismas; al oleo, en los bollos de tahona, y al pastel en los escaparates de las pastelerías.

DERECHO PUBLICO: — Le tienen los comerciantes de lienzo para colgar en pabellones sus géneros donde estorben, y el transeunte para apartarlos con el baston ó el paraguas, aunque esté mojado.

HACIENDA. — Indirectas y consumos: — Son muy prácticas en estos ramos las criadas que corren con la compra.

ASTRONOMIA: — Cuando un aguador pone á cualquiera encima los chapines, le hace ver todas las estrellas, sin telescopio.

DECLAMACION: — El alumno que recibe la leccion anterior prorrumpe lleno de fuego y de dolor en un parlamento con interjecciones á estilo de Hermione y de Atalia.

COMERCIO. — Operaciones de bolsa: — Se hacen de noche en calles extraviadas. Precio del papel en las plazas. « A dos cuartos para cinco cartas, » grita un hombre llevando dos ó tres cuadernillos en la mano.

ESCUELAS PRACTICAS. — DE CAZA: — Mayor y menor; con reclamo, ojeo ó de cualquier modo: al anochecer cuando salen las ninfas matriculadas. Con red, delante de las casas cuyos tejados están en compostura. Llega un prójimo corriendo, da en la cuerda tendida hacia el arroyo, y entonces le sacuden un cascote desde arriba.

DE PESCA: — Anzuelos los ojos de las niñas guapas. Caña que tira de ellos á tiempo: la mamá correspon-

diente. Chistera para guardar la pesca: la dote en lontananza.

LAVADEROS DEL HONOR. — Escuela de enjabonar ofensas: — El primer restregon se da en un sitio público; la segunda agua donde nadie lo vea; y luego se aclaran los paños, se tienden en la prensa y se hace á las leyes la mamola.

MANEJO DE ARTILLERIA NOCTURNA: — Tápense Vds. las narices.

DEL BUEN TONO: — Las murgas y organillos.

DE NAUTICA: — Por las noches en todas las aceras. Para evitar naufragios se ruega á los alumnos que lleven chanclos.

Y dejando á un lado los estudios y lo que yo dispondria si los dirigiese, vamos á revistar las funciones teatrales. En el Príncipe hallaremos para empezar un arreglo del francés bautizado con el nombre de *los Maridos*. Pertenece á don Miguel Pastorfidó este trabajo, quien se ha tomado el de ponerlo en verso, y divierte agradablemente pintando las extravagancias de tres matrimonios; pero sin que de ello resulte ninguna idea moral, ninguna advertencia útil á los espectadores. No así la comedia representada despues de esta, cuyo título indica ya con solas dos palabras una idea feliz. Hablo de *la Hipocresía del vicio*, obra del aplaudido don Manuel Breton de los Herreros, gloria del teatro español. ¿Pues qué, dirá tal vez alguno de mis lectores, acaba de escribir aquel festivo poeta otra nueva produccion dramática? No por cierto. *La Hipocresía del vicio* hace años que se escribió, y aun que se dió á conocer en los círculos literarios; pero en la escena no se habia presentado hasta ahora, sea por las razones que fuere. Condenar la manía de los que por pura fatuidad y por echarla de personajes hacen ostentacion de vicios que no tienen, tal es la idea moral que se propuso el señor Breton de los Herreros en esta obra. Es pues, por decirlo así, el reverso del *Tartufe*, pues si en tiempo de Molière solo se conocia el vicio de comerciar con la virtud, hoy, como vamos adelantando, unos prosperan fingiendo virtud y otros fingiendo vicios, y aun tal vez algunos fingiendo á ratos una y otra cosa segun el terreno que pisan.

Decir que á tiro de ballesta se conoce quién es el autor de esta comedia es trabajo excusado. El señor Breton de los Herreros tiene un estilo propio y peculiar; todas sus obras parecen hermanas gemelas: en sus escritos ha logrado lo que se llama tener cosas. Hay ciertas gracias, ciertas felices ocurrencias que el público reconoce, y al oirlas no puede menos de exclamar: « ¡cosas de Breton! » En la pintura de la clase media y de los criados es difícil igualarle: los cuadros que representa son vistas de estereoscopio, que parecen tener bulto y ambiente, tanta es la verdad que hay en ellos.

Pero en la obra de que hablo, el señor Breton ha dejado volar su imaginacion por espacios distintos de los que otras veces habia recorrido; por eso si el estilo, como he dicho antes, y las gracias de la versificacion no le dieran á conocer, en la forma, en la estructura, esta comedia lo mismo puede ser del señor Breton que de otro cualquiera.

Un jóven que aspira á ocupar lugar en el mundo elegante, y para ello se finge vicioso, siendo así que en su corazon se albergan virtudes, es el personaje principal de la fábula. Para conseguir su intento finge y cuenta á sus amigos haber robado á una señorita de un convento, rifa un retrato de mujer, que ha encontrado en una mesa de su casa, y cuestiona sobre asuntos de juego con cierto sugeto á quien desafía, y que no es otra cosa que su criado. De tan resbaladizo camino sácale, evitando que dé fin á su hacienda, el cariño de una hermana y de un amigo; deduciéndose de todo como consecuencia moral

Que es el pecado mas tonto
La hipocresía del vicio.

La escena en que el criado requiebra á su mujer en el baile de máscaras sin conocerla, está llena de chistes saladísimos, igualmente que la del mismo acto segundo en que Felisa embroma con la cara tapada á su hermano, fingiendo que es ya una, ya otra de las supuestas é ideales queridas que él se atribuye. Estas escenas y algunas mas hacen olvidar agradablemente ciertas inverosimilitudes y ciertas situaciones violentas; y en resumen, si *la Hipocresía del vicio* no puede figurar entre las comedias mejores del mas fecundo de nuestros dramáticos modernos, es sin embargo merecedora del éxito que ha alcanzado, siendo aplaudida una noche y otra y llamándose á su autor á las tablas para recibir dos coronas y no escaso número de palmadas.

Dos piezas en un acto con los nombres de *un Suegro de mazapan* y *Es una malva!* además de una comedia del señor Santisteban de que hablaré luego, completan el cuadro de los estrenos del Príncipe. La última que es traduccion del francés, se ha sostenido en la escena mejor que su compañera, en lo que influye no poco la ejecucion, que es excelente, en especial por parte de la señora Hiosa y del señor Fernández. Un pintor que vive solo, teniendo por ama de llaves y por doncella al portero de la casa, y una modista querida del fabricante de cuadros, son los dos personajes principales. Ella, que segun él es una malva, se presenta á los ojos del público celosa, regañona é insoportable, y con sus caprichos y las extravagancias de un viejo que busca á su mujer, creyéndola oculta en casa del pintor, se da lugar á escenas en que el público rie, pasando el rato entretenido.

Y trasladándonos al Circo, veremos á la señora La-

madríd conquistando merecidos aplausos en el *Angelo, tirano de Padua*, drama que en otro tiempo horrorizaba llamando la atención de los aficionados á los cr menes de teatro, pero que hoy no hace efecto, porque á fuerza de ver espectáculos terribles, los espectadores van conociendo que aquello es de mentirijillas, y dicen: « ¡quía! no te crec. »

Después del *Angelo* aparecen en aquella escena dos producciones nuevas. La una es traducción del francés y se llama *No es lo peor bailar*; título que no vale mucho y pinta las amarguras que pasa un bailarín retirado del teatro de la Opera de París, por el temor de que una señora de la aristocracia con quien va á casarse, llegue á saber antes de verificarse el enlace que el futuro ha hecho cabriolas en las tablas, y adornado su cuerpo con alitas y tonelete blanco. Pero descubriéndose que aquel danzante es el mismo con quien la dama hizo cierta noche lo que la Aurora con Tifon llevándole robado á una casa de campo donde debieron suceder cosas buenas, aunque no para contadas, arréglase la boda y concluye la fábula felizmente. Esta comedia adolece de extremada languidez; el traductor debió haber metido en ello la podadera reduciéndola á un acto, con lo que la obra y él hubieran ganado.

La otra comedia estrenada en la misma noche es en un acto, y pertenece como original á don Rafael García Santisteban. *La Frutera de Murillo*, que tal es su título, no era enteramente desconocida del público: el invierno pasado sirvió para la inauguración de la *Sociedad protectora de las bellas artes*, para cuyo acto fué escrita expresamente, y en el que obtuvo no pocos aplausos.

Representada hoy en un teatro público, ha logrado el mismo lisonjero recibimiento que merece por lo delicado de la fábula y por su esmerada y fácil versificación.

Hé aquí el argumento. Un magnate encarga al pintor Murillo el retrato de una hermosa jóven que vendía fruta en Sevilla, á fin de que enseñándosele al rey, este quiera ver el original, y dando principio á nuevos amores sirvan estos de escala para subir el que los proporciona á la cumbre del poder. Pero la frutera tenía un amante que descubre la intriga, sorprendiendo la carta en que se revelaba, y Murillo, que ignoraba el mal uso á que su cuadro estaba destinado, hace en un momento de entusiasmo artístico que el magnate pague por él doble precio del convenido, amenazándole con publicar su carta, y dedica el lienzo y su producto á la frutera y á su amado, á fin de que tengan recursos para unirse en el santo vínculo como deseaban.

Al hablar del Príncipe, dije que examinaría mas adelante una comedia del mismo señor Santisteban aplaudida en aquel teatro. Ahora, después de tratar de la Frutera de Murillo, me parece el momento de dar á mis lectores alguna noticia de la *Caza del gallo*, que así se nombra. Luis, jóven andaluz, vive en una casa de huéspedes saqueado por amigos y queridas; su patrona se hace la ilusión de que puede atraparle por marido, pero un tío del protagonista, que llega á Madrid en compañía de una pollita de genio alegre de quien era tutor, arregla las cosas de modo que caza al gallo y le hace marido de su pupila.

La patrona, viuda que se dice de un brigadier, lo cual no la impide soltar en cada palabra una atrocidad y aquello de *haiga, correspondencia y sorpresa*, es un carácter bien trazado que sirve para excitar la risa con mucha frecuencia, igualmente que el criado andaluz, que tiene el estanco en los cajones de cigarros comprados por su amo, y que hace lo posible porque se rompan pronto las levitas del mismo á fin de que vengan á su poder.

Estos son los personajes mas cómicos; pero no por eso están mal dibujados, ni dejan de ser interesantes los otros. La jóven que pretende adquirirse el amor del protagonista es alegre, juguetona y simpática; hay naturalidad en los arranques que la hacen traicion descubriendo sus sentimientos.

La versificación de la *Caza del gallo* es correcta y llena de gracias. Los tres actos son una colección de chistes de buen género estabonados unos en otros. Si estuviera impresa, tendría mucho gusto en ofrecer á mis lectores algunos trozos para muestra.

También la ejecución de esta comedia ha sido muy esmerada formando todos los actores excelente conjunto.

Volviendo al Circo después de esta digresión, hallamos el *Protegido de las nubes*, comedia en tres actos, traducida del francés por don Carlos de Pravia. Las palmadas resuenan al concluirse, y la crítica celebra lo esmerado de la versión; motivos tiene por consiguiente el traductor para estar satisfecho del resultado de sus tareas.

Una actriz nueva para los teatros de esta córte se ha presentado con la obra de que voy hablando. Doña Rosa Tenorio, conocida y celebrada en los teatros de Barcelona, ocupará también distinguido lugar en los de Madrid, donde ya ha tenido muy satisfactoria acogida.

Si se ha de creer lo que anuncian las gacetas, la compañía del señor Valero dispone, haciendo grandes preparativos de trajes y decoraciones, multitud de dramas, contándose entre ellos uno del señor Hartzbusch llamado *el Apostol y el ladrón*, del cual tengo muy buenas noticias.

Mas uno de los anunciados, *Carlos I de España* ha tenido fatal acogida. El argumento es embrollado y la ejecución no tuvo nada de bueno; de modo que los espectadores manifestaron bastante á las claras que no estaban contentos. Esta obra es la primera que escribe para el teatro don N. Nebot de Padilla.

En Lope de Vega la compañía del señor Romea ha

dado otro drama del señor Larra, escrito sobre el pensamiento de una pieza francesa ejecutada por cierto en la misma sala. Titúlase *Rico de amor*; y representa un padre que oculta á su hija ciega el estado de pobreza en que se hallan, procurándole comodidades á costa de propias privaciones, hasta que hallando novio jóven y generoso acaban los disgustos y la falta de vista, y el espectador se marcha contento á su casa. Esta producción se resiente, como no puede menos, de la falta de asunto para llenar tres actos: la tarea de estirar ó encoger las obras del ingenio es siempre ingrata y enojosa; pero á pesar de ello ha gustado con razon, habiendo sido llamado el autor á la escena.

Barómetro conyugal, comedia traducida también, siguió después de esta. Redúcese á pintar escenas domésticas, y el público la recibió con agrado llamando al traductor, que es don Francisco García Huerta, y no se presentó por no estar en Madrid. La costumbre de llamar á los traductores que empieza á introducirse, raya en lo inocente; es cándida por todos cuatro costados.

Al hablar del teatro de Lope de Vega, justo es también dedicar algunas palabras á la aparición de una nueva esperanza de la escena. El mes pasado saludó con aplausos el público en aquel local á la actriz doña Carmen Berrobiano, y en este se ha conquistado entusiasta recibimiento otra alumna del Conservatorio; la señorita doña Elisa Boldun, hija del excelente actor de este apellido, y niña que apenas alcanza los catorce años. En el año de 1856 el público de Cádiz aplaudía en el teatro principal de aquella ciudad á Elisa y á su hermana Pilar, los periódicos las ensalzaban, y los poetas gaditanos escribían versos en su honor; luego, el año pasado, en los exámenes del Conservatorio, una y otra dieron á conocer su mérito, y hoy la de menor edad ha hecho comprender claramente, en el papel de Margarita de la *Oración de la tarde*, que está llamada á ocupar un puesto muy importante en el número de las actrices principales. Su desembarazo para presentarse, la animada expresión de su fisonomía, y aquella manera en fin de vestir la ficción con todas las apariencias de verdad, la atraen desde el primer momento las simpatías del público. Pronto tal vez tendrá este ocasión de aplaudir á Pilar y Elisa Boldun juntas.

¿Qué decir del teatro de Novedades? ¡ay! la mala suerte le persigue, y nunca los revendedores arrebatan sus billetes, que es lo que mas abunda en su despacho. Dedicado á los dramas de gran espectáculo, después de horrorizar á los concurrentes el mes pasado con *los Fugitivos de la India*, ahorcando cipayos y fusilando ingleses, ha dado en el presente *Miguel el esclavo*, obra de Bouchardy, traducida por don Eugenio Olavarría y don Manuel García Gonzalez; *la Torre de Garán*, también producto francés vertido al castellano por don Eduardo Rosales; y *Fiarse en las apariencias*, comedia original de don Alberto Carrasco. Ninguna de las tres, á pesar de que todas han gustado, es bastante á volver aquel coliseo á la vida: su enfermedad necesita hallar un remedio radical, como quien dice otro ejemplar del bergantín buitre ó alguna rareza parecida; todo lo demás no pasa de ser tazas de flor de malva para curar pulmonías.

Pero el público se rie abriendo una boca tamaño: zarzuela tenemos; si, señor, y de don Luis Olona, que es hoy el autor que tiene mas á la mano las llaves de la risa ajena. *Entre mi mujer y el negro*, se titula el último trabajo que nos ofrece, y si el título no tiene mucho de literario, á la zarzuela le sucede lo mismo. Hay críticos que salvan de responsabilidad al señor Olona diciendo que no tiene pretensiones mas que de hacer reír; si todos los autores dramáticos se hicieran la misma cuenta, ¿qué diría la posteridad del teatro de nuestra época, si al vulgo se le acostumbra á ver ensalzar tales cosas? ¿Cómo extrañar que su buen gusto se pierda y tome el rábano por las hojas aplaudiendo lo que merecía censura, y dejando pasar en silencio las comedias buenas? Además de que para hacer reír no tiene el poeta ninguna necesidad de olvidarse de las condiciones literarias; buena prueba son de ello las comedias de Lope de Vega, Calderon y Tirso, y las de don Manuel Breton de los Herreros.

Lo cierto es que el teatro de la Zarzuela tiene para muchas noches con las representaciones de *Entre mi mujer y el negro*, cuya música pertenece al señor Barbieri, lo mismo que la de otra zarzuela en un acto estrenada al mismo tiempo que aquella, y que lleva por título *Compromisos del no ver*, traducción de don Mariano Pina, que fué también muy aplaudida.

En el Teatro Real el *Trovador* ha valido á Mario un triunfo memorable. No así la *Norma* á la señora Grisi, que se ha retirado de la escena con motivo de ciertas manifestaciones algo inconvenientes de unos cuantos espectadores. Este contratiempo obligó á la empresa á pensar en nuevos cantantes, y según se dice ya están contratados la Kenneht y Carrion. Entre tanto se va pasando con el resto de la compañía que no ha disgustado, y aun aseguran que la Grisi volverá á presentarse en los *Hugonotes* y *Macheht*.

Siguen los preparativos para la guerra con Marruecos. De todas partes acuden tropas á Algeciras, que es el punto de reunion del ejército expedicionario. El mayor entusiasmo reina en todas las clases de la sociedad: que en tratándose de cuestiones como esta, los españoles deponen sus rencores de familia convirtiéndose en un pueblo de hermanos. Así se lo demostraron las Cortes al presidente del Consejo de Ministros al anunciarles solemnemente que estaban rotas las relaciones de España con el imperio marroquí, y la prensa de todos colores lo manifiesta igualmente en sus artículos.

* Mapas de Marruecos, cuadros representando luchas de nuestros cazadores con los moros, y atavíos militares para campaña es lo que se ve por todas partes. Cada día se despiden de sus familias una porción de oficiales que marchan llenos de entusiasmo á renovar las antiguas glorias de nuestra patria, y á llevar la religion de Jesucristo y el nombre de España á los climas africanos. Mas ¡ay! ¡que las glorias de la guerra se compran con sangre! ¡ay! ¡que solo regado con ella crece el laurel de la victoria, y alguno de esos valientes caerá en la pelea lejos de su patria y de su familia.

Tal es, y dejo la guerra por meterme á filósofo; tal es la condicion humana. No puede el hombre desear nada sin que sea á costa de otro; no puede... mas estas reflexiones profundas merecen verso. Oiganme Vds. y digan si tengo razon.

Por una gran abertura,
Rasgon en forma de siete,
Que se hizo el mundo ayer noche
En un clavo de sus ejes,
A la luz de las estrellas,
Polvillo resplandeciente
En que sus rayos fosfóricos
Jove restrega y enciende;
Aplicando el ojo izquierdo
Quise mirar por sainete
El *coram vobis* que pone
El mundo cuando se duerme;
Tendidos mares y rios
Estaban meciendo peces,
Montes y valles dormian
Y roncaban los vivientes.

Panza arriba y panza abajo
La humanidad se revuelve,
Y mil legiones de ideas
En sueños cansan las mentes.
Sobre tísicos colchones!
De humilde casa de huéspedes
Sueña un futuro abogado
Verse licenciado en leyes.

Ya en su despacho recibe
Encasquetado el bonete
Los pleitos á celemines,
A escuadrones los clientes.
Elogios y oro á puñados
Trae la curia á su bufete,
Y tiene coches y abonos,
Y mujer y submujeres.

Mas para ello es preciso
Que todo el mundo pleitee,
Que se asesine y se robe,
Que no paguen los que deben.
Mas allá ronca otro mozo,
Lengua incansable y viviente,
Que llena al dia de letras
Dos arrobas de papeles.

Sueña que en fondos y sueltos
Machaca cien gabinetes,
Y que es la imágen tremenda
Del cuarto de los poderes.
Bandas y cintas su pecho
Crucifican y enaltecen,
Y le hacen superlativo
De lo ilustre y lo excelente.

Del pueblo hispano las riendas
Llevar al cabo merece,
Del áureo sillón de abrojos
Enclavándose en los muelles.

¿Qué importa si para ello
La sociedad se conmueve,
Y si premia con honores
Lo que merece un grillete?

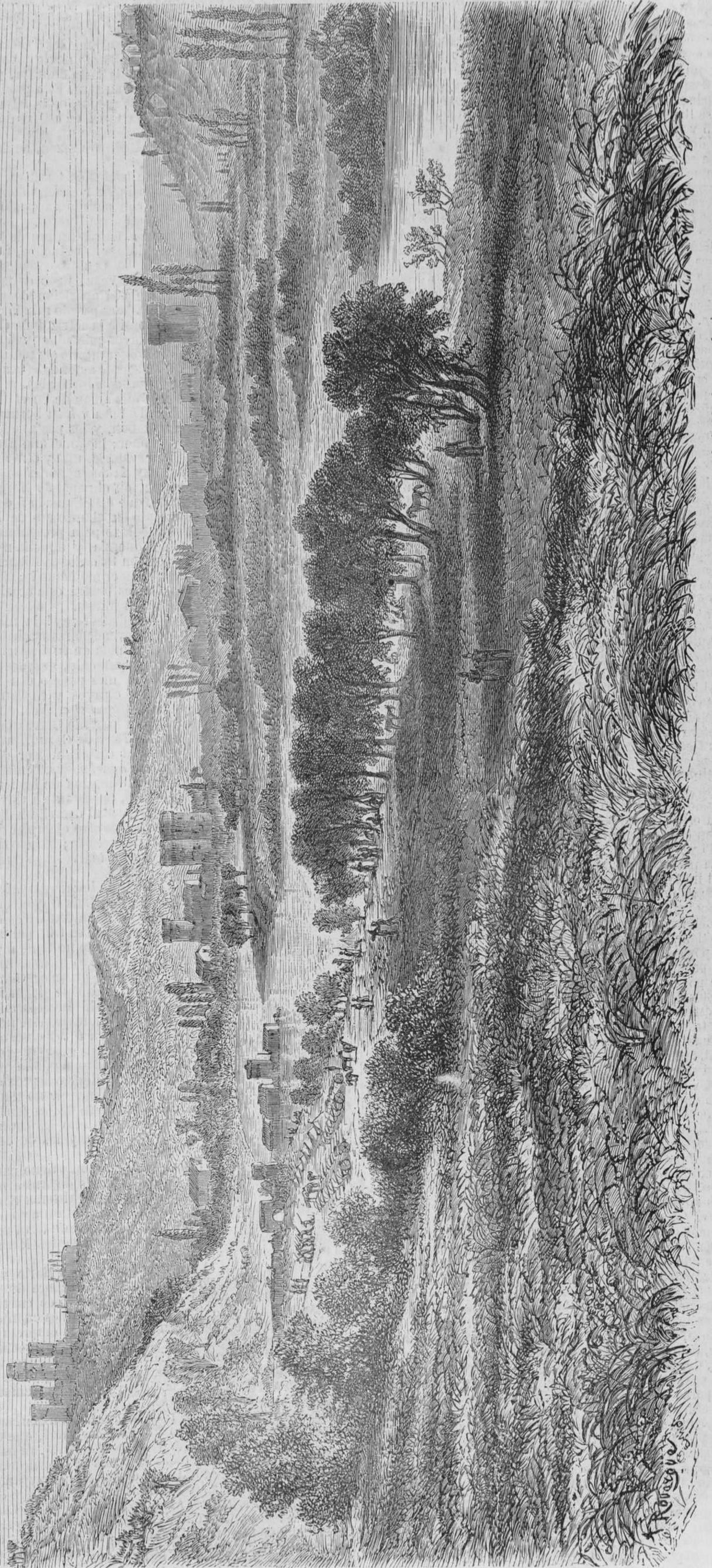
A aquel que ayer fué sargento,
Hoy un motín le hace alférez,
Y sueña nuevos motines
Que lo eleven á teniente.

Sangre, balazos y muertos
Forman su idea perenne,
Y en el llanto de sus prójimos
Edifica sus placeres.

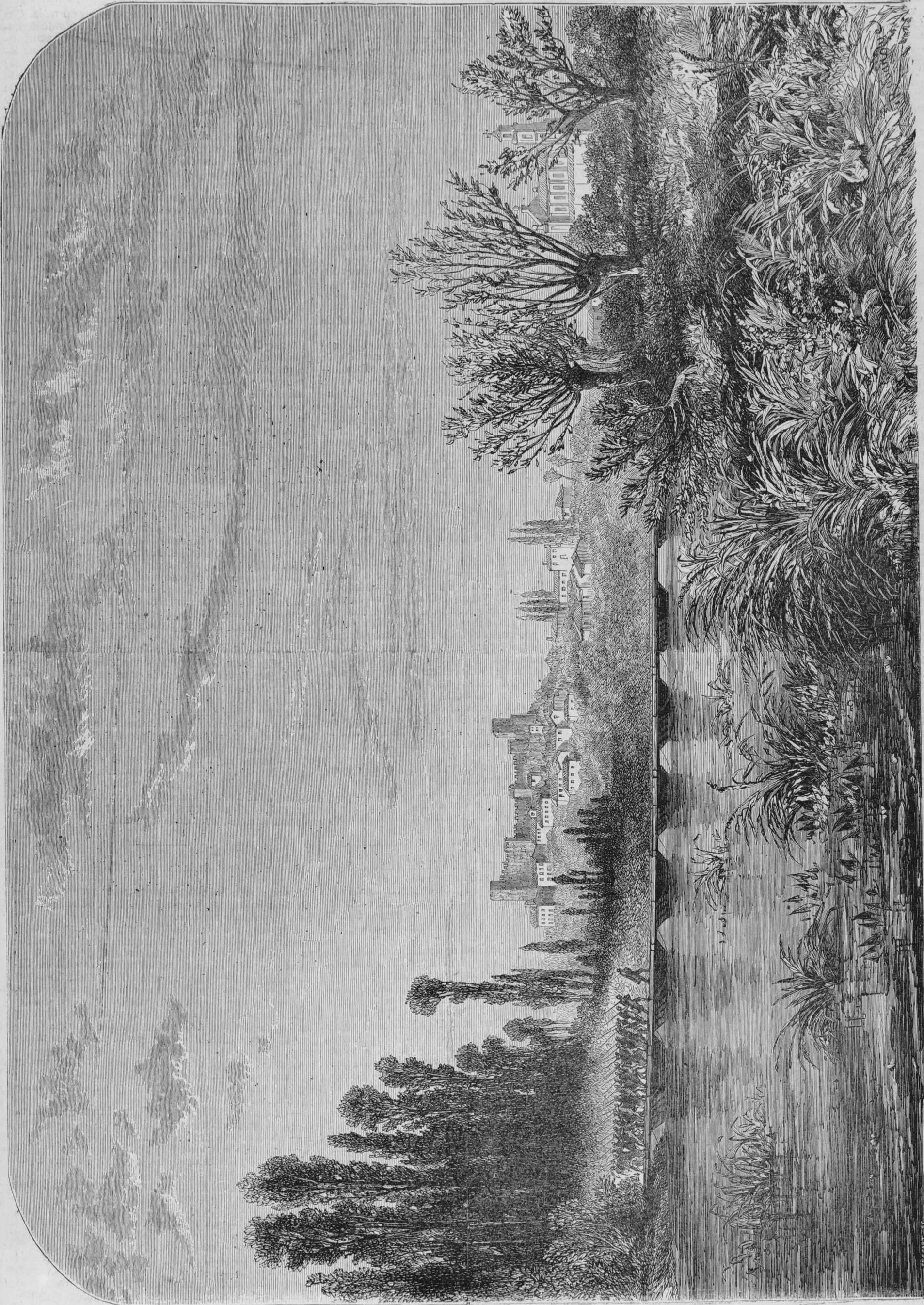
Un cofrade de Galeno
Ronca en la casa de enfrente,
Y heridas, llagas y podre
En oro y gloria convierte.

Por ello al Dios de bondades
Pide con ansia inocente
Que envuelta al género humano
En toda clase de pestes:
Que padezcan sus amigos,
Para curarlos se entiende,
Y que en curarlos se tarde
Y á poco otra vez enfermen.

Y en la guardilla del mismo
Ve catafalcos solemnes
Un sacristan que se alegra
Del gori-gori y el *requiem*.
El boticario soñando



RE. UERDOS DE LA GUERRA DE ITALIA — EL CASTILLO DE VALEGGIO EN EL VALIE DEL MINCIO. (Del album de S. M. el emperador.)



RECUERDOS DE LA GUERRA DE ITALIA. -- MOZAMBANO A LA ORILLA DEL MINCIO (Del album de S. M. el emperador.)

El mundo en parches envuelve,
Y con buffet de jaropes
Ceban quiere á los vivientes.
Anhela el que hace muletas
Que haya cojos que las lleven,
Y pide cortos de vista
El fabricante de lentes.
El que construye pelucas,
Calvas relumbrantes quiere,
Jorobas quien las enjaula
Entre ortopédicos muelles.
Y al tiempo que clavetea
Un estuche de la muerte,
El carpintero codicia
Que á todo el mundo se entierre.
Volví los ojos, ya el orbe
Alumbra el sol esplendente,
Y á su luz mil animales
Se acechan para comerse.
¡Bella es la vida, muy bella!
Ruede nuestra bola, ruede,
Que si unos mueren de hambre,
Otros habrá que se alegren.

A principios de mes se ha verificado la inauguración de la capilla de Nuestra Señora de Valme, situada en el término de Dos Hermanas, pueblo á dos leguas de Sevilla. El origen de este santuario describese por una poética tradición de esas innumerables que se conservan en nuestra patria. Peleaba San Fernando contra los moros, y hallándose en un trance apretado ¡Virgen, valme! exclamó, y la victoria vino en pos de sus palabras. Para celebrar tan milagroso suceso ofreció el santo rey edificar en aquel sitio un templo á la Madre de las misericordias, como lo hizo, siendo desde entonces aquella capilla religiosamente venerada por los sevillanos. Hoy la infanta Doña Luisa Fernanda y su esposo el duque de Montpensier, en memoria del nacimiento de su hijo que lleva el mismo nombre que el católico rey fundador del santuario, ofrecieron restaurarle, como lo han hecho, regalando además los ornamentos necesarios para el culto.

A pesar de lo lluvioso del tiempo, el día de la instalación se disfrutó del mas hermoso, apacible y sereno. Colocada la Virgen en un bonito templete, á su llegada de la iglesia de Dos Hermanas, fué llevada en procesion á la capilla, donde el Emmo. cardenal arzobispo ofició de pontifical, asistiendo á la misa el capitán general, gobernador civil, el alcalde de Sevilla, todo el ayuntamiento de Dos Hermanas y muchas personas notables, además de SS. AA. los duques de Montpensier acompañados de sus hijos.

Concluida la funcion religiosa, se sirvió en una magnífica tienda de campaña un espléndido almuerzo de mas de cincuenta cubiertos. Despues se repartieron infinidad de hogazas de pan á los pobres, concluyéndose aquel alegre día con una corrida de toros, en la cual no faltó un novillo de muerte. En la improvisada plaza campestre habia un palco para SS. AA., que presenciaron la corrida acompañadas de su servidumbre, las autoridades y los señores que habian compuesto poesías para la Corona poética, publicada con una interesante relacion histórica del templo y de las obras hechas para su restitucion, por el célebre escritor Fernan Caballero. Se repartieron entre todos los concurrentes ejemplares de dicho libro, y tambien vistas fotograficas de la capilla y del contiguo cortijo de Cortos. Y para completar la funcion de una manera digna y generosa, SS. AA. dieron dos mil reales á la hermandad de la Virgen, distribuyendo además considerables limosnas á los pobres.

Y para concluir el mes, llueve que es una bendicion. Los mortales andan en salsa por las calles, y los coches tienen aspecto de ballenas arrastradas por una sardina. No parece sino que el cielo se pone triste para anunciarnos que se acerca el melancólico día de los difuntos. ¡Paciencia! que otros vendrán luego mas alegres.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

Madrid 31 de octubre de 1859.

LA JOVEN DE TREPPI.

(Conclusion.)

— Allí está sentada, la infeliz, contando con el efecto de sus sortilegios. Para eso salió por la noche y recogió sin duda alguna yerba inofensiva... Y ahora recuerdo que los contrabandistas me enseñaron tambien esas flores extrañas de cáliz blanco que crecen entre las rocas, diciendome que son tan poderosas para el amor... Por eso rompí la cantarilla y yo noté que el vino estaba amargo... Cuanto mas viejo se hace el amor, es tanto mas fuerte y venerable... Estaba delante de mí como una sibila, profundamente convencida de la verdad de sus palabras, como aquella que en otro tiempo en Roma arrojaba al fuego sus libros... ¡Pobre corazón de mujer!... ¡Cuántas miserias te producen tus errores!...

A medida que se alejaba iba conociendo cuán profundo y cuán digno de interés era aquel amor, y co-

nocia tambien el valor de aquella hermosura que la separacion hacia mas radiante todavía.

— No habria debido castigarla porque quiso hacerme olvidar un deber fatal con la intencion de salvarme. Habria debido tenderla mi mano y decirle: «Te amo, Fenicia, y si sobrevivo, vendré y te tomaré por esposa... ¡Qué ciego he sido!... ¡Qué vergüenza para mí, no haber sabido decir eso!... Habria debido dejarla dándole un beso como á una prometida, y no habria pensado que la engañaba...» Pero me puse furioso y todo está echado á perder ahora.

Filippo pensaba en lo que habria podido ser semejante despedida, y creia sentir su aliento, la frescura de sus labios sobre los suyos, hasta le pareció oír su nombre...

— ¡Fenicia!... respondió con una voz arrancada del fondo de su alma.

El arroyo murmuraba á sus piés, el follaje de los abetos permanecia inmóvil; á lo lejos el silencio, la soledad, la sombra.

Ya el nombre llegaba á sus labios, pero la vergüenza le cortó la palabra. La vergüenza y el temor á un tiempo; dándose un golpe en la frente, exclamó:

— ¿Soñaré con ella despierto? ¿Tendrá razon en decir que ningun hombre ha resistido á ese encanto? ¿Seré yo toda mi vida esclavo de una mujer? No, no lo seré á fe mia.

Por un momento recobró su sana razon y echó de ver que el camino le llevaba en direccion opuesta.

No podia volver atrás á menos de caer en el peligro de que queria huir. Entonces resolvió llegar á toda costa á una altura cualquiera, desde donde pudiera distinguir la choza del pastor que habia perdido de vista.

Como la orilla que seguia era cada vez mas pendiente, se echó la capa al hombro, y eligiendo un sitio seguro, de un salto se encontró al otro lado del barranco, cuyos bordes se acercaban por aquella parte.

Ya habia recuperado todas sus fuerzas; subió por el lado opuesto y vió otra vez el sol.

Su cabeza ardia, su boca estaba seca, y el miedo le sobrecogió con la idea de que despues de tantos trabajos quizá no llegaria á tiempo. La sangre afluía mas y mas á su cerebro; echó mil maldiciones al vino que habia bebido, y se acordó nuevamente de las flores que le habian señalado los contrabandistas.

Al recordarlás llegó á verlas á su lado y se estremeció.

— ¡Si será verdad! exclamó con voz trémula; ¡si habra potencias infernales que dominando la cabeza y el corazón del hombre, dobleguen su voluntad bajo el capricho de una jóven! Venga todo antes que esa vergüenza; antes la muerte que la servidumbre. El error no tiene influencia sino sobre aquel que le da crédito. Sé hombre, Filippo; mira aquella altura, otro estuerzo mas y dejarás para siempre detrás de tí esas montañas malditas y sus hechizos.

Y sin embargo, nada podia calmar la fiebre que le devoraba; cada piedra, cada punto resbaladizo, cada rama de abeto, era un obstáculo que no podia salvar sin hacer esfuerzos extraordinarios.

Cuando por fin consiguió llegar á la cumbre agarrándose á las últimas zarzas, la sangre se agolpaba á sus ojos, y los rayos del sol reflejados por la peña lustrosa le cegaban.

Se restregó la frente con furor, se quitó el sombrero y se pasó la mano por sus cabellos; pero esta vez oyó su nombre pronunciado distintamente, y miró espantado hácia el sitio en que le llamaban.

A pocos pasos vió á Fenicia sentada sobre la roca, como la habia dejado, que le miraba risueña.

— Al cabo vuelves, Filippo, le dijo con ternura; mas pronto te esperaba.

— ¡Espectro del infierno! gritó él fuera de sí, mientras el honor y el deseo luchaban en su seno; ¿te burlas de mí aun cuando aumenta la angustia de verme perdido en las montañas el sol que abrasa mi cabeza? ¿Triunfas porque estoy obligado á verte otra vez para maldecirte nuevamente? No te he buscado por cierto, y otra vez serás mi pérdida.

Fenicia meneó la cabeza con una sonrisa extraña.

— Dios te trae aquí sin que lo sepas tú, exclamó; volverías á encontrarte conmigo, aun cuando todas las montañas de la tierra estuvieran entre nosotros, pues en el vino que has bebido habia siete gotas de sangre del corazón de un perro. ¡Pobre Fuoco! ¡Me queria tanto, y á tí cómo te aborrecia! Así aborrecerás tú al Filippo de ayer, al que me rechazaba, y no descansarás sino en mi amor. Confiesa que te he vencido, Filippo. ¡Ven ahora, y te llevaré á Génova, amado esposo mio!

Y al pronunciar estas palabras se levantó para abrazarle, cuando de repente al clavar sus ojos en él, se quedó sobrecogida de espanto.

Se habia puesto pálido como un cadáver, únicamente el blanco de sus ojos estaba encarnado como la sangre, sus labios se movian sin pronunciar una palabra, el sombrero se le habia caído, y alargaba las manos como para impedir que Fenicia se acercase.

— ¡Un perro! ¡un perro! fueron las primeras palabras que pudo articular; ¡no, no vencerás, demonio! ¡Mas vale un hombre muerto que un perro vivo!

Una risa espantosa asomó á sus labios; lentamente y como luchando á cada paso retrocedió, y clavando en la jóven una mirada inmóvil, se lanzó atrás y rodó en el abismo.

Los ojos de Fenicia se cubrieron de tinieblas; se puso ambas manos sobre su corazón, y lanzó un grito desesperado cuando vió que Filippo habia desaparecido por el borde de la roca. Dió algunos pasos trémulos, y

luego se detuvo con las manos siempre sobre su corazón.

— ¡Madona! exclamó, pero sin pensar en nada. Con la vista fija delante de sí, se acercó rápidamente al precipicio y se dejó escurrir por la peña abajo, agarrándose á las ramas de los abetos que encontraba. Sus labios trémulos murmuraban palabras entrecortadas; con una mano estrechaba su corazón, y con la otra se sostenia en las ramas de los árboles y en los ángulos de las rocas.

Así llegó hasta el pié de los abetos. Filippo estaba allí con los ojos cerrados, la frente y los cabellos inundados de sangre, el cuerpo apoyado en un árbol. Tenia los vestidos desgarrados, y parecia haberse herido en una pierna.

Al pronto no pudo ver si vivia aun; pero le cargó en sus brazos, y entonces conoció que la vida no le habia abandonado. La capa que llevaba rodeada por los hombros, habia sin duda amortiguado la violencia del golpe.

— ¡Bendito sea Dios! exclamó Fenicia respirando un poco. Y se sintió con las fuerzas de un gigante cuando comenzó á subir llevando en sus brazos aquel cuerpo exánime.

La subida duró mucho; cuatro veces descansó dejándole sobre el musgo que hallaba entre las rocas, y Filippo no habia dado aun ninguna señal de vida.

Cuando por fin llegó á la altura con su carga, cayó ella tambien rendida, y permaneció algunos instantes desmayada; pero en breve se puso en pié y corrió hácia la cabaña del pastor; cuando estuvo cerca de ella, comenzó á dar voces que resonaron en el valle. Primeramente solo el eco respondió, y despues una voz humana. Fenicia llamó de nuevo y se volvió sin esperar respuesta; recogió aquel cuerpo sin vida y le llevó á la sombra de la roca donde se sentó, esperando á que llegaran los auxilios.

Allí estaba todavía cuando recobró el uso de sus sentidos, y abrió los ojos por la primera vez. Vió á su lado dos pastores, un anciano y un mozo de unos diez y siete años, que le arrojaban agua á la cara y le frotaban las sienas.

Su cabeza descansaba suavemente; no sabia que estaba sobre las rodillas de Fenicia.

Filippo parecia haberla olvidado completamente. Lanzó un suspiro que la hizo estremecer de piés á cabeza, y cerró de nuevo los ojos. Por fin dijo con una voz entrecortada:

— Que vaya uno de vosotros á Pistoya, pero pronto... porque me esperan... La misericordia divina recompensará al que diga á la posadera de *la Fortuna* en qué estado me encuentro. Me llamo...

Aquí le faltó la voz, y de nuevo perdió el conocimiento.

— Yo iré, dijo la jóven, y entre tanto le llevaréis á Treppi y le pondréis en la cama que os mostrará la Nina. Que llame á Chiaruccia para que la ayude. Tú, Tommaso, levántale por los hombros, y tú, Bippo, por las piernas... y cuidado con ir de prisas. Cuando subais, Tommaso irá delante. Además mojareis este paño en el agua, y se le pondréis sobre la frente. Le remojareis en cada manantial; ¿habeis comprendido?

Desgarró el ancho pañuelo de hilo blanco que llevaba en la cabeza, mojó una tira de él en el agua, y la ató sobre la ensangrentada cabellera de Filippo.

Los hombres le llevaron á Treppi. La jóven, despues de haberles seguido con los ojos animados con una expresion sombría, bajó con rapidez los tortuosos senderos de la montaña.

Serian las tres de la tarde cuando Fenicia llegó á Pistoya.

La posada de *la Fortuna* se encontraba á poca distancia de la poblacion, y como era la hora de la siesta, se hallaba poco frecuentada.

A la sombra de la casa habia carros sin sus tiros, y los carreteros dormian; en la fragua que estaba enfrente se hallaba suspendido todo trabajo, y ningun soplo de viento pasaba á través de las ramas cargadas de olivo de los árboles que habia á la orilla del camino.

Todo estaba sumergido en el silencio mas profundo, excepto la fuente, cuya agua caía bulliciosa en un ancho pilon; Fenicia se acercó y se refrescó el rostro y las manos; luego bebió lentamente y mucho para apagar la sed y el hambre á un tiempo, y entró en la posada.

El posadero medio dormido se levantó del banco en donde descansaba, pero se volvió á tender cuando vió que era una moza de la montaña quien le habia incomodado.

— ¿Qué buscas? la preguntó con dureza; si quieres comer y beber entra en la cocina.

— ¿Sois el posadero? preguntó ella.

— Me gusta la ignorancia; como si no fuera yo bien conocido. Soy Baldassare Fizzi, amo de *la Fortuna*. ¿Qué me traes?

— Un recado del signor avvocato Filippo Mannini.

— ¡Ah! eso es otra cosa.

Y se levantó precipitado. Luego continuó diciendo:

— ¿Porqué no ha venido él? Hay aquí unos señores que le esperan.

— Llevadme adonde están.

— ¿Pero no puedo yo saber lo que hay que decirles?

— No.

— Está bien, hija mia, está muy bien; cada cual tiene sus secretos. ¿Con que no viene?... Pues no agra-

dará la noticia á esos señores, que parece tienen que arreglar con él asuntos importantes.

Y se calló mirando de reojo á la jóven, pero como esta no parecía dispuesta á confiarse á él, y antes bien se dirigía hácia la puerta, tomó su sombrero de paja y salió con Fenicia encogiéndose de hombros.

Atravesaron una pequeña huerta que estaba detrás del corral, el viejo haciendo exclamaciones y preguntas, y la jóven sin salir de su silencio.

En el fondo de la huerta había un pabellon oculto cuyas ventanas estaban cerradas, y detrás de su puerta-vidriera había una cortina.

El posadero dijo á Fenicia que se detuviera á algunos pasos de distancia, y se acercó solo á la puerta que se abrió en cuanto él hubo llamado.

Fenicia observó que movían la cortina y que la miraban.

Un instante despues volvió á salir el posadero y la dijo que podía entrar en el pabellon.

Cuando se presentó, un hombre que estaba sentado de espaldas á la puerta se levantó, y clavó en ella una mirada rápida y escudriñadora.

Sobre una mesa había una botella y algunos vasos.

— ¿El signor avvocato no viene como lo había prometido? preguntó uno de ellos; ¿quién eres, y qué pruebas traes de tu encargo?

— Soy una jóven de Treppi; Fenicia Castaneo; en cuanto á pruebas, no tengo otras que mi sinceridad.

— ¿Porqué no viene el signor avvocato? Le creíamos hombre de honor y de palabra.

— Lo es; pero se ha caído de lo alto de una roca y se ha herido en la cabeza y en la pierna, de modo que había perdido el conocimiento.

El que preguntaba miró con mucha intencion á los demás, y luego continuó:

— ¡Mal urdes las mentiras; si ha perdido el conocimiento, ¿cómo ha podido enviarte aquí á decirnoslo?

— Recobró un instante el uso de la palabra; y dijo que le esperaban en la *Fortuna*, y que quería mandar un recado para que supieran lo que le había sucedido.

Uno de los presentes se echó á reír con una risa irónica.

— No podemos creerte; es verdad que es mas fácil hacer el poeta que el hombre de honor.

— Si eso quiere decir que Filippo no ha venido por cobardía, es una mentira infame por la cual os castigará el cielo, exclamó Fenicia irritada y mirando á los tres hombres.

— No te enfades, mozuela, exclamó el que llevaba la palabra; sin duda eres tú la amigueta del signor avvocato... y...

— No, la Madona lo sabe, respondió Fenicia con una voz profunda.

Los hombres hablaban en voz baja, y ella oyó á uno de ellos que decía:

— El nido está aun en Toscana.

— Supongo, dijo otro, que no caéis en el lazo; tanto está él en Treppi como yo...

— Venid á verlo, interrumpió Fenicia cortando su conversacion; pero si os guío yo, será con la condición de que no lleveis armas.

— ¡Qué loca eres! exclamó el primero que había hablado; ¿crees que podemos atentar á la vida de una muchacha tan linda como tú?

— No, pero atentareis contra la suya.

— ¿Tienes que ponernos otras condiciones, Fenicia?

— Sí, que os acompañe un cirujano; ¿está ya entre vosotros?

No obtuvo contestacion, y los tres hombres acercaron sus cabezas.

— Cuando llegamos andaba por ahí; es regular que no se haya vuelto al pueblo, dijo uno de ellos saliendo del pabellon.

Y poco rato despues volvió con un cuarto personaje que parecía un extraño entre ellos.

— ¿Tendréis la bondad de venir con nosotros hasta Treppi? preguntó el que llevaba ordinariamente la palabra; en el camino os diremos lo que hay que hacer.

El otro inclinó la cabeza sin responder, y todos salieron del pabellon.

Al pasar por delante de la cocina, Fenicia tomó un pedazo de pan y comió algunos bocados; luego tomó la delantera en direccion á Treppi.

En todo el camino no fijó su atencion en sus compañeros que iban hablando juntos con mucha animacion, pero apretó el paso cuanto pudo, y mas de una vez debieron ellos hacerlo para no perderla de vista.

Entonces Fenicia se paraba, y con la mano puesta sobre su corazon lanzaba en su derredor una mirada desolada. Ya había anochecido cuando llegaron á la altura.

La aldea de Treppi no parecía estar mas animada que de costumbre. Unicamente algunas cabezas de niños asomaron á las ventanas, y algunas mujeres salieron al umbral de las puertas cuando pasaron Fenicia y sus compañeros.

La jóven no habló á nadie, y haciendo con la mano un saludo á los vecinos se acercó á su casa. A la puerta había un grupo de hombres que estaban hablando, algunos caballos cargados y varios contrabandistas que iban y venian.

Cuando llegaron los forasteros, todo el mundo se calló, y los hombres abrieron paso. Fenicia dijo algunas palabras á Nina, y luego abrió la puerta de su cuarto.

Entonces se vió á favor de una escasa claridad al herido que estaba en la cama; junto á él estaba sentada en el suelo una mujer de Treppi.

— ¿Cómo sigue, Chiaruccia? preguntó Fenicia.

— Bien; alabada sea la Madona, respondió Chiaruc-

cia mirando de piés á cabeza á los hombres que habían entrado.

Filippo se despertó sobresaltado de su sueño febril; su rostro estaba encendido como un ascua.

— ¿Eres tú? preguntó.

— Sí, he traído al hombre con quien debiais batiros, para que se convenza de que os era imposible salir de aquí. Tambien viene un cirujano.

Las miradas del enfermo vagaron sucesivamente por aquellos rostros desconocidos.

— No está ahí, exclamó; no conozco á ninguno de esos señores.

Cerraba los ojos despues de haber dicho esto, cuando aquel que llevaba la palabra se adelantó diciendo:

— Basta que os reconozcamos, señor Filippo Mannini. Tenemos orden de prenderos. Se han cogido cartas escritas por vos, y se sabe que no veniais á Toscana solo para batiros, sino para entenderos con ciertas sociedades que deben ayudar á vuestro partido en Bolonia. Teneis en vuestra presencia al comisario de policía, y hé aquí mis instrucciones.

Y diciendo esto sacó un papel y le enseñó á Filippo. Pero este despues de haber mirado sin que pareciera que había comprendido, volvió á caer en su letargo.

— Mirad las heridas, signor dottore, dijo el comisario al facultativo; he visto fuera unos caballos cargados de contrabando, y los embargaremos, haciendo á la vez dos actos de justicia. Bueno es que al fin se sepa qué personas vlenen á Treppi.

Mientras hablaba así y el cirujano visitaba á Filippo, Fenicia había desaparecido.

Chiaruccia continuaba sentada y hablando en voz baja.

Fuera se oian voces y mucho ruido de pasos.

— Se le podrá trasportar cuando se hayan doblado sus apósitos, dijo el cirujano; pero se curaría mas pronto si le dejaran aquí al cuidado de esta vieja cuya ciencia en lo que toca á la virtud de las plantas avergonzaria á los doctores mas sabios. La calentura puede matarla en el camino, y yo no quiero cargar con ninguna responsabilidad, señor comisario.

— Es inútil, respondió el otro; poco nos importa que se muera. Arreglad los apósitos como querais, y luego en marcha. Hace buena luna y tomaremos un guía. Entre tanto, Molza, salid á tomar los caballos.

El esbirro á quien se dirigia esta orden abrió rápidamente la puerta del cuarto para salir, pero se quedó petrificado al ver un espectáculo singular. La sala estaba llena de pastores, y á su cabeza se hallaban dos contrabandistas.

Fenicia les hablaba aun cuando se abrió la puerta; entonces se colocó en su umbral, y dijo con mucha energía:

— Salid de aquí al instante y sin el herido, ó jamas volvereis á Pistoya. La sangre no ha corrido nunca en esta casa desde que yo mando en ella, y quiera la Madona que siempre sea lo mismo. No trateis de volver con nuevas fuerzas; acordaos del paso de la escalera en la roca, y pensad que un niño podría defenderle arrojando las piedras que están á su orilla. Allí pondremos un centinela hasta que el enfermo esté en seguridad. Ahora podeis marcharos, y podeis lisonjearos de haber engañado á una mujer y de haber querido asesinar á un hombre herido.

Los esbirros se iban poniendo pálidos á medida que hablaba Fenicia, y hubo un silencio general cuando pronunció las últimas palabras. Luego los tres á un tiempo sacaron pistolas del bolsillo, y el comisario dijo con la mayor sangre fria:

— Venimos aquí en nombre de la ley; si no la respetais vosotros, ¿impedireis á otros que la ejecuten? Si nos obligais á emplear la fuerza, vuestra rebelion puede costar la vida á seis de entre vosotros.

Un murmullo sordo salió del otro grupo.

— Silencio, amigos míos, dijo Fenicia con resolucion, no se atreverán á nada. Hablais como un insensato, dijo despues al comisario; el miedo escrito en vuestras frentes os aconseja la prudencia. El camino está libre, señores.

Y señalaba la puerta de la casa.

Despues de haberse consultado un instante en voz baja, el comisario y los esbirros se decidieron á atravesar por en medio de la muchedumbre irritada que los acompañaba con maldiciones, cuyo ruido iba creciendo siempre.

El cirujano no sabia si debía seguirlos, pero se resolvió á ello, á un ademan imperioso de la jóven.

Medio incorporado en su cama, el enfermo había seguido todos los pormenores de esta escena con ojos atónitos.

Chiaruccia se acercó entonces á él para arreglar las almohadas.

— Quietó, hijo mio, le dijo, no hay peligro alguno; dormid un poco, Chiaruccia vela, y nuestra Fenicia cuida de vuestra seguridad. Dormid, hijo mio.

Y le durmió como á un niño con cantares monótonos. Pero en sus sueños conservó el nombre de Fenicia.

Filippo permaneció diez dias en la montaña al cuidado de Chiaruccia. Pasaba las noches con tranquilidad, y durante el dia respiraba sentado delante de la puerta el aire puro y disfrutaba de la soledad.

En cuanto se halló en estado de escribir, despachó un mensajero á Bolonia con una carta, cuya respuesta recibió al otro dia. ¿Era buena, ó mala? Nadie pudo saberlo por la expresion de su rostro.

Exceptuando á Chiaruccia y á los muchachos de Treppi, con nadie hablaba, y solo veía á Fenicia por la noche cuando se ocupaba en sus faenas cerca de la lumbre, pues al amanecer salia y permanecía todo el dia en la montaña.

Sin embargo, no tenia esta costumbre anteriormente, como él lo había sabido por casualidad; pero aun los ratos que estaba en casa no hallaba ocasion para hablar con ella.

Parecia como que ignoraba su presencia; habriase dicho que no había cambiado nada de su vida antigua; pero sus facciones parecian de mármol y sus ojos estaban como muertos.

Un dia Filippo, seducido por el buen tiempo que hacia, se había alejado de la casa mas que de costumbre, y sintiendo por primera vez que renacian sus fuerzas, había comenzado á subir una cuestecilla, cuando hé aquí que en un recodo del peñasco se llegó á ver de repente en presencia de Fenicia, que estaba sentada en el musgo cerca de una fuente.

Fenicia estaba hilando, y parecia hallarse sumergida en hondas reflexiones.

Al ruido de los pasos de Filippo levantó la cabeza, pero sin decir una palabra y sin cambiar de expresion; se levantó, recogió su labor, y desapareció inmediatamente.

A la otra mañana acababa Filippo de levantarse y sus primeros pensamientos eran para ella, cuando la puerta se abrió y entró Fenicia.

La jóven se detuvo en el umbral, y le dijo friamente haciendo un ademan para que no se acercara á ella:

— Estais curado ya, y Chiaruccia me ha dicho que teneis las fuerzas suficientes para viajar á caballo haciendo las jornadas cortas. Mañana saldreis de Treppi y no volvereis nunca.

— Lo prometo, Fenicia... con una condición.

Fenicia se calló.

— Y es que te vendrás conmigo, exclamó él con una fuerte emocion no contenida.

En el rostro de la jóven se pintó la expresion de una ira sombría, y dijo poniendo su mano en el picaporte de la puerta:

— ¿Cómo he merecido yo esa burla? Pido una promesa sin condicion, y la espero.

— ¿Con que me rechazas despues de haber infiltrado hasta en la medula de mis huesos tu hechizo de amor? ¿Despues de haberme hecho tuyo para siempre, Fenicia?

La jóven meneó lentamente la cabeza, y exclamó con un acento sombrío:

— No hay ya ningun hechizo entre nosotros; habeis perdido sangre antes de que pudiera hacer operacion, y el hechizo perdió su fuerza. Me alegro, porque hice muy mal. No hablemos mas del asunto. Decidme que os marchareis; pondré á vuestra disposicion un caballo y un guía.

— Si aquel hechizo perdió su fuerza, sin duda hay otro que la tiene y muy grande, otro contra el cual nada puedes tú... así el Señor me tenga en su gracia.

— ¡Silencio! interrumpió Fenicia, á tales palabras estoy sorda. Si creéis que me debeis algo y si teneis compasion de mí, partid y estareis pagados. No penseis que esta pobre cabeza no puede aprender nada. Sé ahora que el hombre no se compra ni con servicios miserables que hace todo el mundo, ni con siete años de espera que ya no tienen valor alguno delante de Dios. No os lleveis la idea de haberme hecho desgraciada; al contrario, me habeis curado. Idos, y recibid mis gracias.

— Respondeme delante de Dios, gritó Filippo fuera de sí y acercándose á ella; ¿te he curado tambien de tu amor?

— No, respondió ella con firmeza; ¿porqué me lo preguntais? Mi amor es mio, no teneis sobre él ningun derecho, ninguna influencia; ¡partid!

Y al decir estas palabras retrocedió hasta fuera del cuarto; en el mismo instante Filippo se arrojó á sus piés, y abrazaba sus rodillas.

— Si lo que dices es verdad, exclamó Filippo en el colmo de la desesperacion, sálvame, acéptame, recíbeme á tu lado, ó esta cabeza que por milagro ha podido preservarse, se hará mil pedazos con este corazon que tú rechazas. El mundo está vacío para mí; mi vida está á la disposicion de mis enemigos; desterrado de mi antigua y de mi nueva patria, ¿qué necesito vivir si debo tambien perderte?

Alzó á ella sus miradas, y vió torrentes de lágrimas que brotaban de sus ojos.

Su rostro seguia inmóvil; luego respiró con fuerza, sus ojos se abrieron, sus labios se agitaron sin pronunciar una palabra.

Parecia que había renacido en ella la existencia.

Se bajó á él y le levantó con fuerza.

— Eres mio, exclamó temblando, yo quiero ser tuya.

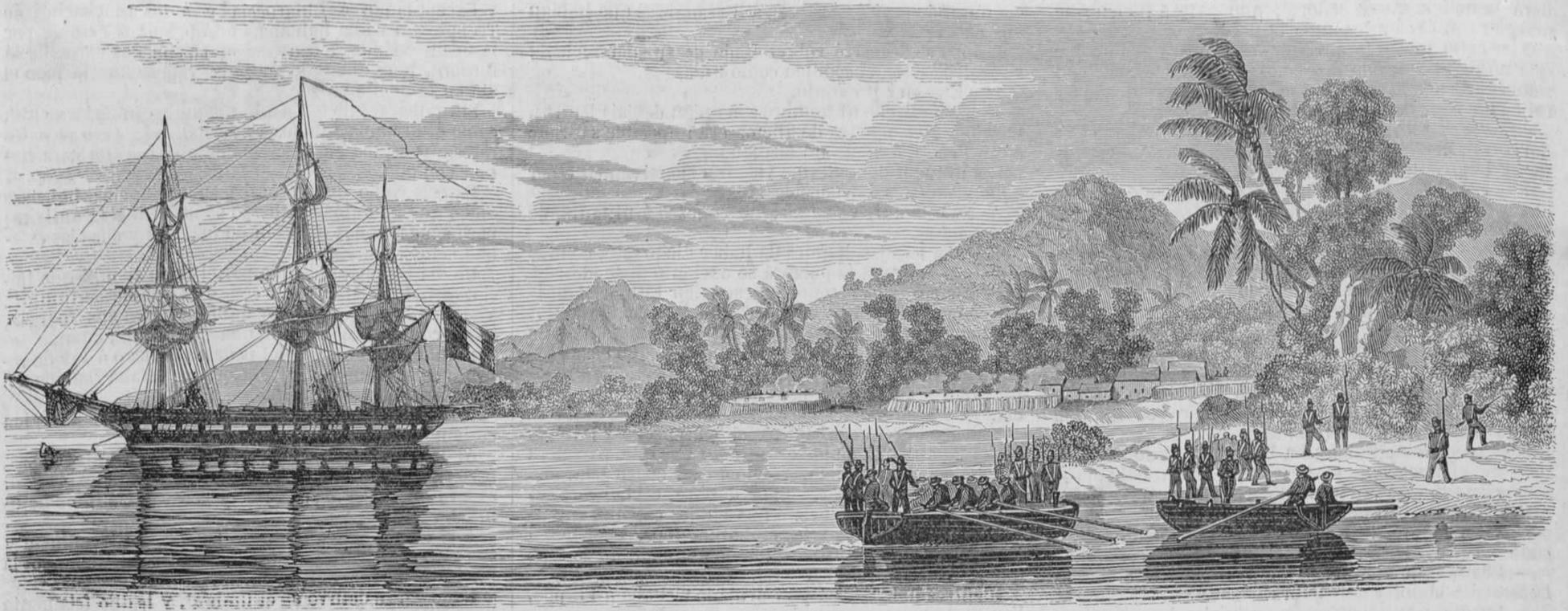
Cuando amaneció al dia siguiente, Filippo y Fenicia iban por el camino de Génova, adonde él había pensado retirarse para evitar las persecuciones de sus enemigos.

El hombre alto y pálido montaba un caballo de paso seguro que Fenicia llevaba de las riendas.

Por ambos lados se veian las alturas y los hermosos valles de los Apeninos en todo el esplendor del otoño.

Las águilas cruzaban por los abismos; la mar brillaba á lo lejos, y sereno y brillante como el mar se extendia delante de ellos el porvenir.

(Traducido del autor alemán P. HEYSE.)



TAITI. — LA RADA DE PAPENOO.

Recuerdos de Taiti.

(Véase el número anterior.)

Vamos á retroceder algunos años. ¡Cuán fresca y graciosa estaba la bahía de Papeete en el mes de noviembre de 1843! — Bajamos á tierra, y aunque aquel mismo día los destinos del país se hubiesen cambiado irrevocablemente, nada sin embargo en la población revelaba esa preocupación, esa inquietud que precede y que sigue en Europa á todo cambio importante en la situación política de un pueblo.

La reina Pomaré había salido de su morada oficial para refugiarse en una cabaña de madera que sus consejeros la habían designado como un asilo inviolable. ¡Pobre Pomaré! No sabía que á los ojos de los representantes de la Francia su ignorancia y sus infortunios eran sus únicos títulos para alcanzar esa inviolabilidad tan deseada.

Por un sendero plantado de árboles de pan y de naranjos nos dirigimos hácia el nuevo retiro de la reina. Pomaré estaba fuera de la cabaña con algunas mujeres, que pareciendo se cuidaban muy poco de lo que acababa de pasar, cogían flores para enlazarlas en graciosas coronas.

Temiendo que considerasen nuestra presencia como un insulto á la desgracia, pasamos por allí rápidamente,

te, y siguiendo la playa hasta Paofai, llegamos á la choza de predilección de Pomaré. En este lugar tranquilo y fresco desde el cual se descubre la hermosa rada de Papeete, sin la molestia de las visitas importunas de los extranjeros, se refugiaba la reina cuando quería huir de las recepciones ceremoniosas que sus consejeros la imponían.

representantes, pero no nos atrevimos á preguntarles si la civilización había mejorado sus costumbres y su estado social.

Siguiendo nuestro paseo, vimos á la sombra de los platanos, bajo un toldillo colgado de un limonero, una de esas jóvenes morenas cuyas miradas hacen perder el recuerdo de la patria.

¡Cuántas veces desde entonces hemos visitado esos lugares, disfrutando siempre en ellos de la franca hospitalidad taitiana! Quizá no volveremos á ver nunca esos sitios, pero nunca se borrarán de nuestra memoria.

Al salir de Paofai volvimos á tomar el sendero del interior que baja hácia Papeete paralelamente á la playa, y llegamos á la antigua morada de la reina en el momento en que los altos jefes de la isla, convocados por el gobernador, se reunían para asistir á una asamblea donde se debía conferenciar acerca de los asuntos del país.

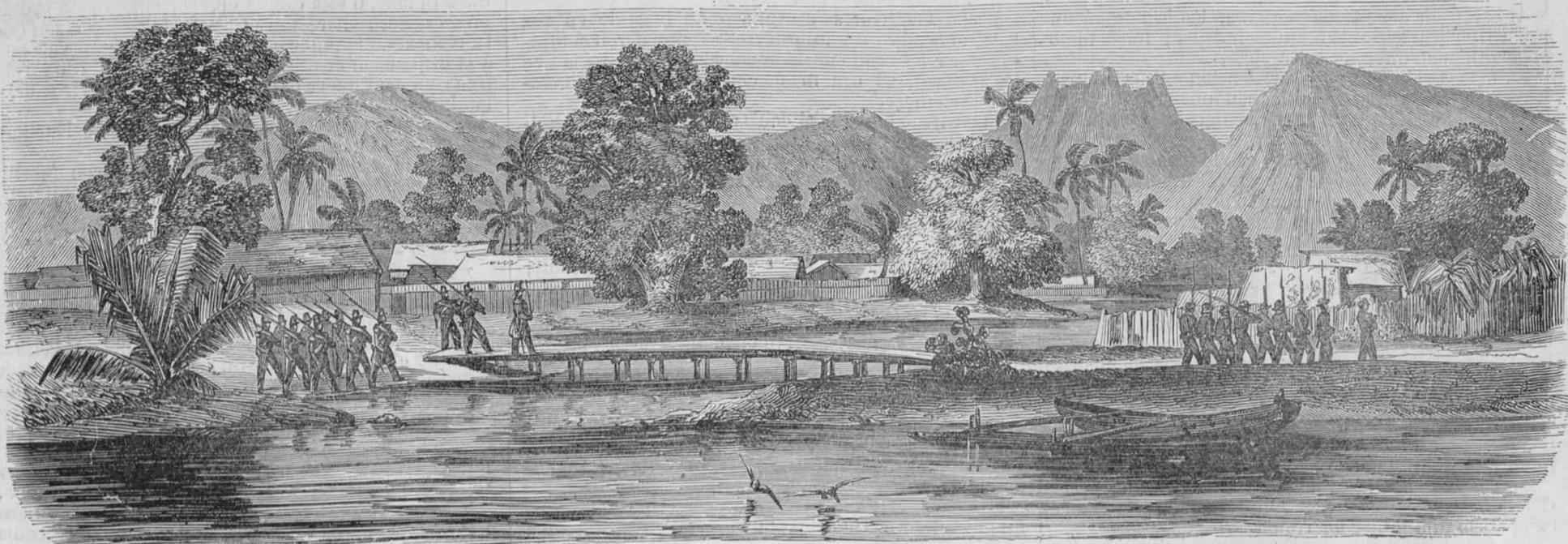
Estaban allí el regente Paraita, hombre que siguió una conducta digna de todo elogio en las críticas circunstancias que había atravesado el país; el viejo Tati, contemporáneo de Cook, á quien recordaba haber visto en Taiti; y el valeroso Utami, que combatió con denuedo contra los franceses.

Saludamos á esos restos de una época interesante que ya no contaba en Taiti más que un corto número de



MOYFIGNEDL

CHOZA DE PREDILECCION DE LA REINA POMARE EN PAOFAL.



TAITI. — VISTA DE PAPOLINA.

Estaba sentada con las piernas cruzadas y envuelta desde los riñones en un paño, ocupada en trenzar su larga y brillante cabellera, y dirigiendo al espejito que tenía delante una sonrisa significativa que dejaba á descubierto una dentadura admirable.

Preguntamos el nombre de esa linda jóven; se había llamado Puahiohio, pero acababa de dejar ese nombre para tomar el de Mary, que recordaba sin duda alguna circunstancia importante de su vida, quizá algun afecto británico.

Los cambios de nombre de este género son muy frecuentes en Taiti y en las islas cercanas; se verifican sobre todo cuando una familia ha tenido que deplorar la pérdida de uno de sus miembros, ó ha tenido alguna otra desgracia.

Hemos conocido algunos ancianos que tomaron el nombre de Mahaena, porque sus hijos habían perecido combatiendo en aquella sangrienta pelea, en donde sucumbió lo mas escogido de la juventud taitiana.

Entramos en la cabaña cerca de la cual estaba Mary, y sus habitantes nos recibieron con afabilidad, aunque sin dejar por eso sus ocupaciones.

En medio de la única pieza que



JÓVEN TAITIANA PEINANDOSE.

¡Pobre Mary! Ella no nos abandonó; cuando los soldados y los marineros franceses subían jadeando bajo el fuego del enemigo las rocas escarpadas de Papenoo y de Fautahua, ligera como el puaniho de las montañas, corria al valle y volvía con una provision de naranjas que lanzaba riendo á la cabeza de sus amigos rendidos de cansancio. (Se concluirá.)

Anales de los artistas españoles

POR W. STIRLING.

TRADUCCION DEL INGLÉS POR DON J. MALDONADO Y MACANÁZ Y DON ENRIQUE VALDÉS Y SOLER.

(Continuacion).

Los retratos reales de la dinastía austriaca en España demuestran hasta la evidencia el talento de los retratistas españoles. Esta familia, la mas caracterizada de todas las familias reales de Europa, fué tambien la mejor retratada. La noble fisonomía de los Estuardos y el porte real de los Borbones, encontraron pocas veces y á

temente. Este último no llevaba entonces la camisa corta y de ancho cuello vuelto que los hombres dejan flotar sobre el paño. Tenia toda la parte superior del cuerpo descubierta, y en sus riñones y en una parte de sus hombros se veían esas pinturas azules que se hacen en el país.

Cerca de estos dos personajes un niño jugaba sobre una estera, comiendo una enorme guayaba que manchaba su rostro.

En cuanto vió nuestros cigarros, arrojó lejos de sí la fruta que saboreaba, y se vino á de cirnos con mucho afán:

— ¡Avaava iti! ¡un poco de tabaco!

Nos apresuramos á satisfacer los deseos de aquel fumador en ciernes, quien despues de haber aspirado y soltado algunas bocanadas de humo como un hombre acostumbrado al tabaco, ofreció el cigarro á su madre, que hizo lo mismo que él, y luego le entregó al marido, quien al fin le devolvió á su amo, aunque considerablemente disminuido.

Les regalamos algun tabaco que aceptaron sin cumplimientos, ofreciéndonos en cambio algunos cocos, que fueron cogidos, descortezados y abiertos en un instante.

Mientras apagábamos la sed, entró Mary con un aire un poco confuso, porque habia permanecido demasiado tiempo peinándose; pero tambien ¡qué fresca y qué bonita estaba!

La felicitamos, y ella se sonrojó ocultándose el rostro en su pañuelo de seda.

No obstante, al cabo de un minuto, saltó ligeramente sobre una estera, tomó su birimbao y se puso á tocar con furor el aire favorito de los taitianos: *Mambrú se fué á la guerra*, etc.



TOCADO DE MUJER.



TOCADO DE HOMBRE.

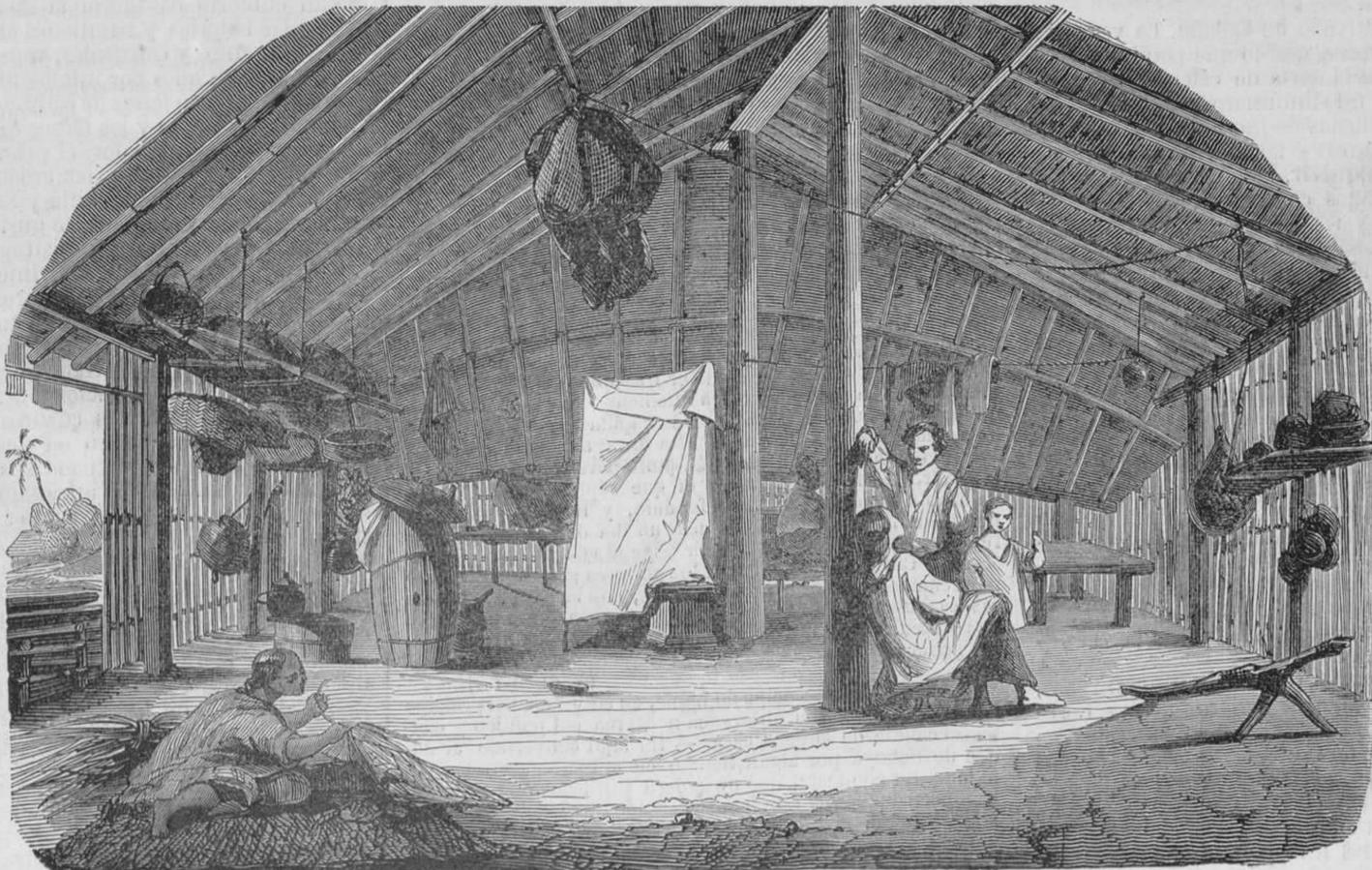
compone regularmente la morada de una familia taitiana, estaban sentados un hombre y una mujer quitando la corteza á los frutos del árbol del pan por medio de una concha cortante; ambos llevaban el paño prendido en los riñones que baja hasta los piés; el traje de la mujer se completaba con un vestido de muselina blanca de anchas rayas azules en forma de peñador.

Los hombres y las mujeres van descalzos, y no llevan nada en el cuello; pero es raro que no usen en la cabeza algun adorno: una rama retorcida en forma de corona, una flor, una hoja, una yerba se convierten en sus manos en objetos de adorno que saben disponer con mucha gracia.

La jóven en cuya casa estábamos llevaba una corona de helecho, y su marido tenia en derredor de la cabeza una hoja de coco, cuya punta se levantaba por un lado elegan-

grandes intervalos un Van-Dyck ó un Filipo de Champagne; aun las casas de los principes de Italia carecieron de una série de hábiles y entendidos pintores, tales como los que nos han trasmiido los retratos de los españoles contemporáneos suyos. La política de los Reyes Católicos restringia fuertemente la libertad de la prensa, mientras que su gusto concedia entera libertad al pincel. Por esta razon, mientras que la historia ha exagerado alternativamente sus buenas y malas cualidades, la pintura nos ha conservado la verdad y nada mas que la verdad respecto de sus personas.

Un estudio constante de los libros no hacia sino confirmar en la historia lo que encontramos deslindado en sus retratos, en los cuales vemos la fuerza intelectual que manifiestan las cejas y la boca del gran emperador, reproduci-



INTERIOR DE UNA CHOZA EN TAITI.

da con un aspecto mas triste en su terrible hijo, visible todavía, aunque en menor proporción en la fisonomía, de forma algo diferente, de Felipe III, gradualmente desvanecida por los brillantes ojos y labio sensual de Felipe IV, y perdida finalmente en la profunda imbecilidad que cubre el rostro pálido de Carlos II. Ticiano dió á conocer al mundo la persona de Carlos V, y aunque el retrato del emperador fué indudablemente pintado con frecuencia por varios artistas españoles, no se ha conservado ningun ejemplar de estos en las galerías públicas de España. Sin embargo, la bella figura de la emperatriz, Isabel de Portugal, ha sido conservada por el exacto pincel de Alonso Sanchez Coello. Felipe II, retratado en sus mejores dias por Ticiano antes de que perdiese el vigor de su juventud, lo fué muchas veces siendo rey por Sanchez Coello, que ha pintado en varios lienzos las líneas y arrugas de sus cejas en la época que medió entre la victoria de San Quintín y la pérdida de la armada. Pantoja de la Cruz le retrató tambien haciendo resaltar con extraordinaria fidelidad las huellas de los achaques y la melancolía de su triste vejez.

Sus esposas, sus pálidos y enfermizos hijos y su valiente hermano Don Juan de Austria fueron retratados sucesivamente por los pinceles de Moro, Coello y Pantoja, de los cuales el último parece haber querido rivalizar con Ticiano por la dulce sonrisa y soberbia figura de Isabel de Valois, de triste mirada. Pantoja fué tambien el pintor de cámara favorito de Felipe III y de la reina Margarita, á quienes juntamente con los infantes é infantas introdujo con frecuencia en composiciones religiosas, lisonjeando á la vez su vanidad y devoción, agrupándoles en traje de aldeanos al rededor del lecho de santa Ana ó del establo de Belen en los cuadros de la Natividad de la Virgen ó de Nuestro Señor. El deseo de multiplicar su propia imágen sobre el lienzo degeneró al parecer en Felipe IV en una pasión. Su rostro largo y pálido, sus largos y retorcidos bigotes se encuentran pendientes de las paredes de casi todos los museos de Europa. Rubens le retrató casi tantas veces como á sus protectores el buen archiduque Alberto y su esposa la duquesa Isabel, y quizás empleó aquel monarca mas horas en el estudio de Velazquez que en el consejo de Castilla. Este gran pintor le retrató en todos los trajes y situaciones posibles, en el campo, en las partidas de caza y en paseo, á pié, á caballo y arrodillado en su oratorio. De la hermosa Isabel de Borbon, primera esposa de Felipe IV, hizo tantos retratos como Van-Dyck de nuestra reina Enriqueta María, y de los infantes Don Carlos y Don Fernando tantos como aquel ilustre flamenco hizo del principe Ruperto y de su hermano.

En sus retratos de Mariana de Austria, la bella sucesora de Isabel, ha dejado á todas las futuras grandes señoras algunos desfavorables ejemplos de la extravagante moda del peinado y del uso del colorete. Velazquez ha salvado del olvido por medio de muchas pinturas deliciosas la pequeña cabeza redonda del principe Baltasar Carlos, cuya temprana muerte le colocó casi fuera del dominio de la historia, y la juvenil belleza de la infanta María Margarita y de sus Meninas vivirá eternamente, gracias á una de sus obras mas notables. En el reinado siguiente, durante la general decadencia del talento artístico, el pintor de cámara Carreño de Miranda se dió á conocer como pintor de talento y habilidad, no solo en sus graciosos retratos de la amable reina Luisa de Orleans, sino tambien en el mas árduo empeño de copiar los cargados ojos, estúpida mirada y prominente mandíbula inferior de Carlos II para poder transmitir á la posteridad una imágen fiel, y al mismo tiempo no muy desagradable, de la última rama ya marchita del tronco real.

El paisaje fué poco cultivado en España. La vega de Granada, aun mas hermosa que lo que ponderan los cantos árabes; la deliciosa huerta de Valencia, en donde las cúpulas grises de un sinnúmero de conventos se elevan de entre las arboledas de morales, limoneros y palmeras; las áridas llanuras y las sierras de Castilla; el ancho valle del Guadalquivir, tachonado de almenadas ciudades y espléndidos conventos; los silvestres valles de las Alpujarras y los pinares de Soria no han hallado un Claudio ó un Salvador que sintiese y expresase su belleza y magnificencia. Velazquez, que fué un gran maestro en todos los ramos de su arte, pintó algunas vistas y paisajes de mérito, y tambien le siguió Murillo, aunque con estilo menos vigoroso. Mazo, castellano, é Iriarte, vizcaino, pero procedente de la escuela andaluza, y el sevillano Antolinez, son casi los únicos españoles que eligieron los campos por objeto de sus estudios, ó cuyos paisajes eran dignos de especial mencion.

El arte italiano y el español parecen demostrar hasta la evidencia que las bellezas de la naturaleza no son sentidas con mayor entusiasmo donde mas pródigamente fueron esparcidas. El paisaje de Italia ha sido estudiado con mayor celo y mejores resultados por los extranjeros que por sus propios hijos. Salvador Rosa, el mejor de los paisajistas nacionales, no eligió por lo general los mas hermosos y atractivos caracteres de esta gloriosa tierra. Tres franceses, Gellée, Poussin y Dughet, á quienes el destino dió por patria Normandía y Lorena, fueron los primeros en hacer justicia ante la pintura al cielo y atmósfera de Italia, á sus clásicas ruinas y altos y sombríos pinos, á sus antiguos rios que serpentean por históricos campos, y á las suaves costas, bañadas por el sol, de su azul Mediterráneo.

No encontraremos paisajes mas fecundos en pintores

capaces de hacer justicia á todas las bellezas de la naturaleza, hasta que abandonemos las regiones donde esta se muestra vestida de sus mejores galas, donde abundan los hermosos paisajes, la grande arquitectura y la pintoresca poblacion.

Mientras que en torno de los artistas de Italia y de España permanecen desatendidos los asuntos mas dignos de ocupar un pincel, los artistas flamencos y holandeses trasladaban al lienzo los varios aspectos de su cielo nebuloso, de su mar plumizo y de sus canales serpenteando fatigosamente á través de interminables llanuras abundantes en pastos; y estudiaban sus molinos y sus jardines, sus calles, sus casas construidas de ladrillo y sus iglesias pintadas de blanco, con un celo digno de mejor causa. Las augustas catedrales de Sevilla y de Leon, los suntuosos edificios de Valencia, las mezquitas y palacios de los árabes españoles necesitan sus Esteenwyks y sus Neefs; las salvajes corridas de toros, y las toradas de Utrera y de Jarama sus Cuyt Wouwermans, sus Sneyder y Potter; la posada con sus alegres y abigarrados grupos no ha tenido un Jan Steen ni un Ostade, ni la alegre danza y la animacion de la vendimia de Andalucía un Teniers ó un Rubens.

En Italia las omisiones de los artistas nacionales eran suplidas por sus discípulos extranjeros, cuya imaginacion se hallaba pronto excitada por lo pintoresco y original de aquella vida y de aquel paisaje. Por esto los estudiosos acudían todos los años á Italia desde el Norte en número respetable, llenos de curiosidad y de ardor juvenil, é igualmente dispuestos á observar, aprender y trabajar. Pronto echaban de ver que el mar y el cielo de Gaeta y de Nápoles eran mas brillantes que el que habian conocido en Güeldres y en Brabante; que Venecia, con sus canales encerrados entre palacios era mas hermosa y mas adecuada á los fines del arte que Amsterdam; que las villas de los Médicis se diferenciaban del campestre retiro de Vanderhulk, y que el jaramago del circo Flaminio valia mas que todos los tulipanes de Haarlem.

Principiantes, y quizás herejes, no era fácil que al llegar á Roma ó á Florencia hallasen desde luego proteccion en los principes y cardenales, ni que se gastasen en intensos trabajos ejecutados sobre vertiginosos andamios, sino que disfrutaban completa libertad para entregarse á frescas emociones, para adquirir nuevas ideas, para bosquejar á su gusto las musgosas ruinas ó los trajes clásicos, y para estudiar y disfrutar del nuevo aspecto bajo el cual les sonreía la naturaleza. Así fué como los grandes paisajistas franceses pasaron casi insensiblemente de las trilladas sendas del arte, al camino que les condujo á la celebridad; así fué como Both y Swanevelt adivinaron los secretos de su arte y adquirieron aquel dominio sobre la atmósfera del Sud que cubre sus faltas como un escudo de oro, y que nos obliga á amar sus cuadros y á contemplarlos en un museo del Norte con tanta satisfaccion como un rayo de sol en un dia de invierno en Inglaterra.

Pero no sucedió así en España. Allí los extranjeros, con cortas excepciones, pasaban como tendremos lugar de observar, á invitacion de los grandes, á ostentar, no á mejorar su talento, y para ejecutar en frescos ó sobre el lienzo asuntos semejantes á los que habian merecido el aplauso de Bruselas ó de Roma, y por esto no tenian que vagar para emplearse en escenas y objetos olvidados por el pincel nacional. Cambiaso fué demasiado amoroso, Zúcaro demasiado soberbio (1) y Rubens se halló demasiado ocupado en la política y en la pintura para espigar tras del Mudo, Juanes y Ribalta.

Muchos de los extranjeros que auxiliaron el arte italiano se naturalizaban en su nueva patria, formaban parte de las academias, y despues de su muerte eran aclamados como italianos por sus biógrafos de Italia. Entre los mas distinguidos pintores de la escuela española solo se cuentan tres extranjeros, á saber: el flamenco Campaña, el griego Theotocópuli y el florentino Vincencio Carducci, el último de los cuales pasó á Madrid en su niñez, y vivió y murió como buen castellano.

La fama de los pintores españoles, semejante al honor de ciertas testas coronadas (2), padeció largo tiempo á causa de su posicion geografica. Hasta el siglo presente eran escasas las noticias que de este lado de los Pirineos se tenian acerca de las artes en la península.

(1) Federico Zúcaro, uno de los artistas italianos que trajo á España Felipe II para que trabajase en el adorno del Escorial, fué con efecto, de carácter irascible y altanero. Entre otros rasgos se cuenta de él que habiendo sido llamado á Roma por Gregorio XIII para pintar la capilla Paulina, y habiendo tenido mientras ejecutaba esta obra algunas diferencias con los familiares de Su Santidad, pintó para vengarse de ellos el cuadro de la Calumnia, en el que representó con orejas de asno á los que le habian ofendido, y le colocó sobre la puerta de la iglesia de San Lucas un dia de mucha concurrencia, por lo cual tuvo que salir huyendo de Roma.

Lucas Cambiaso, principe de los pintores genoveses, estuvo muy enamorado de una enñada suya, con la cual, muerta su esposa, intentó casarse, haciendo para conseguir la dispensa de Su Santidad, infinitas diligencias y gastando mucho tiempo sin poder lograrla.

(N. de los TT.)

(2) El ingenioso principe de Ligne, en su « Vida del principe Eugenio, » hace esta observacion acerca del político y cauteloso cabeza de aquella casa. — Hé aquí convertido al duque de Saboya por algun tiempo en el mejor austriaco del mundo. Su conducta, que no quiero justificar, me recuerda la que los duques de Lorena han seguido otras veces, lo mismo que los duques de Baviera. *La geografía les impide ser horizados.* Melanges historiques et littéraires. — París, 1829. — Tomo V, página 29.

Rivera « el Españolito » y favorito de Nápoles, cuya pasión por lo horrible era muy á propósito para dar una idea favorable del buen gusto español, fué por mucho tiempo el único pintor de esta nacion, cuyo nombre y obras fueron familiares á Europa.

En Roma, Vargas, Céspedes y algunos otros adquirieron alguna reputacion en su tiempo, y Velazquez dejó algunos retratos en los palacios y gozó una reputacion tradicional como miembro de la academia de San Lucas. Pocas pinturas españolas viajaron hácia el Norte, exceptuados los retratos reales enviados á la imperial parentela de Viena, y las obras llevadas á su patria de vez en cuando desde Madrid por embajadores aficionados. Los catálogos de la rica coleccion de nuestro Carlos I, no contienen ni un solo nombre de un maestro español. Cierto que Evelyn nos dice que en la venta de los efectos de lord Melford en White-Hall en 1693, lord Godolphin compró el cuadro de los Niños del español Murillo en ochenta guineas, añadiendo que le pagó muy caro. Pero Cumberland, un siglo despues, aunque admite que Murillo es el mas conocido de los pintores españoles excepto Rivera, en Inglaterra, duda que ningun grupo histórico ó composicion suya existiese en manos de un inglés. El advenimiento de los Borbones y el aumento del comercio en España, llevó á Francia algunos buenos cuadros españoles para adornar con ellos las galerías de Orleans, Praslin y Presle, de los cuales la mayor parte emigraron con sus poseedores á Inglaterra.

Con todo, el abate Dubos en sus « Reflexiones sobre la poesía y la pintura, » publicadas por primera vez en 1719, cita á España como uno de aquellos países desgraciados cuyo clima se opone al cultivo de las bellas artes, y afirma que no ha producido ningun pintor de primer orden y apenas dos de segundo; de esta manera borra con una plumada del libro de la fama á Velazquez y á Cano, á Zurbarán y Murillo. Y sin embargo, el abate era hombre de vasta lectura é investigador, pues fué el que descubrió que los poetas holandeses eran superiores en vigor y en fogosa imaginacion á sus pintores; y sus « Reflexiones, » que fueron el último escalon de la escala literaria por la cual trepó á la Academia, lograron sin oposicion algunas ediciones, y se vieron alabadas por Voltaire como la obra mejor y mas perfecta en su género de la literatura moderna. Entre tanto, los innumerables tesoros de la pintura española — tan victoriosamente calumniada — colgaban abandonados en los conventos y palacios donde nacieron, apartados de toda comunicacion con Europa, malgastando su belleza sobre tristes muros, sin ser estudiados, visitados ni conocidos, á no ser por algunos pocos é incansables amantes de las artes, como Ponz y Bossarte.

Pero el dia de su libertad iba á lucir. Las águilas francesas se arrojaron como el halcon sobre la península, y entonces el muro que excluía al arte español de la admiracion de la Europa fué derribado. Atumentar el catálogo del Louvre era uno de los deberes notorios de los ejércitos franceses; formar una galería para sí propio habia venido á ser la ambicion de casi todos los altos jefes militares del imperio. La venta de las colecciones de Orleans, Calonne y otras no menos notables, habia puesto en moda en Inglaterra la adquisicion de obras de arte y resucitado el espíritu de los antiguos Arundels y Oxfords en los Carlises y Gowers. Con los ejércitos de Moore y Wellesley entraron tambien en campaña bien armados de guineas comerciantes ingleses en cuadros. La península se vió inundada de diletanti que despojaban las galerías con exquisita habilidad y que se apoderaban de los cuadros de los altares por medio de brillantes maniobras, que les hubieran cubierto de gloria si las hubiesen empleado contra las baterías y batallones enemigos.

Los conventos y catedrales, venerables santuarios del arte, fueron sitiados por inteligentes, pertrechados con escuadrones ó con letras de cambio y pidiendo la rendicion de los Murillos y los Canos que habia dentro; y el obispo y los prebendados, el prior ó el abad, rara vez se negaban á rendirse á las amenazas de muerte ó al oro tentador. Soult en Sevilla y Sebastiani en Granada coleccionaban con infachable gusto y sin igual rapacidad, y despues de haberse distinguido de esta manera como ladrones en la guerra, vinieron á ser no menos eminentes traficantes en cuadros durante la paz. El mismo rey José manifestó gran talento y presencia de espíritu en la eleccion de las joyas del arte que arrebató de la galería de los Borbones cuando huyó del palacio de Madrid. Suchet, Victor y otros « espíritus menos elevados » estimaban los cuadros solo por el oro y joyas de sus marcos. Pero en general, los capitanes franceses habian aprovechado sus mañanas de ocio en el Louvre, y tenian fija ansiosamente la vista, tanto sobre un cuadro vendible, como sobre una buena posicion.

Gracias á los bien dirigidos estuerzos del sable y del oro, Murillo y sus compañeros han hecho hoy su camino con ventaja infinita para su reputacion hácia las orillas del Sena y del Iser, del Tamesis y del Neva. La violencia y la rapiña del francés, inexcusables en sí mismas, produjeron algunas consecuencias reparadoras. La avaricia de José y de sus rapaces mariscales, haciendo circular las obras de los grandes pintores españoles, ha alcanzado para ellos la preferencia sobre los artistas de Europa. Ni es la pérdida que sufrió España tan grave como aparece á primera vista. Grande como fué el botín, los acaparadores dejaron sin embargo tras sí amargamente y contra su voluntad, tesoros mas preciosos que los que se llevaron, y los magníficos

restos que han quedado son ahora mas altamente apreciados y mas cuidadosamente conservados que lo era antes el conjunto. Una reseña de las variadas colecciones de pinturas españolas existentes en la actualidad en las reales galerías y en los museos de Europa, demostrará que los pintores españoles en ninguna parte pueden ser estudiados todavía tan ventajosamente como en su propio país.

El real museo de Madrid excede con mucho á todos los demás en la variedad y esplendor de sus pinturas españolas. Este museo, donde Rafael aparece tan grande como en Roma; Rubens tan vigoroso y versátil como en Amberes y Munich; Claudio tan brillante y alegre como en Londres y París, y en el cual han depositado los palacios de Madrid, Aranjuez, el Pardo, San Ildefonso y el Escorial sus tesoros, para formar la mas rica galería del mundo, es uno de los pocos monumentos que honran al reinado de Fernando VII. Este monarca, de triste memoria (1), tuvo sin embargo poca parte en el asunto; cansado de los cuadros del Ticiano de su patrimonio, creyó que perjudicaban al efecto de sus tapices de París, y por consiguiente los envió á los desvanes: el honor de aquella medida es debido al buen gusto y notorio talento de su primera mujer Maria Isabel de Braganza, que concibió y ejecutó el proyecto. La fábrica del museo se compone de ladrillo y columnas de granito, y honra al arquitecto Villanueva; sus pesadas cornisas y largas columnatas forman el principal adorno arquitectónico del paseo del Prado, famoso en la historia y en los romances. Pero habiendo sido destinado en un principio á un instituto científico, es inferior, en cuanto á las circunstancias interiores, á algunas de las nuevas Pinacotecas de Alemania, y la larga galería central y sus vestíbulos son los únicos departamentos que tienen la ventaja de recibir la luz por el techo. Estas salas privilegiadas han sido destinadas á las pinturas patricias de Italia, mientras que Velazquez, Murillo y sus compatriotas se hallan amontonados en dos salas laterales y en algunas habitaciones mas pequeñas del piso bajo, cuyas ventanas son pocas y distantes entre sí; y aun algunas de las obras de aquellos célebres pintores han sido colocadas en corredores oscuros.

Además de la mala luz, la escuela española dista mucho de ser tan completa como fácilmente pudiera serlo, pues en vano se buscan en el catálogo de don Pedro Madrazo, obra exacta ciertamente, pero en la cual seria de desear se diesen algunas noticias históricas acerca de los cuadros mas notables, algunos nombres célebres como los de Correa, Berruguete y Tristan. Pero allí y solo allí es donde puede verse á Velazquez en toda su gloria como pintor de historia ó de paisaje, de costumbres populares, de retratos, de personajes cortesanos ó de solemnes cuadros religiosos, y estudiarse en sesenta cuadros de primer orden. Allí se cuentan cuarenta y seis excelentes cuadros de Murillo; y Juan de Juanes, Morales, Cano y Zurbarán han contribuido igualmente con variedad de hermosas obras. Encuétranse tambien en este museo muy buenos cuadros de artistas como Pereda, Collantes, Escalante y Pareja, cuyos nombres apenas han cruzado los mares y montañas que ciñen la península. Es muy de sentir que el peligroso y á menudo fatal procedimiento para limpiar los cuadros, del cual fueron las primeras víctimas algunos de Rafael cuando se hallaban en el Louvre, haya sido introducido en este museo en lo que se llama Sala de Restauración, con un vigor poco común en España y un atrevimiento igual al de Francia. Los valientes toques de Velazquez y los delicados y vaporosos tonos de Murillo, desaparecen bajo masas de pintura reciente, tersa y sólida como si hubiese sido colocada con la hoja de un cuchillo ó con la lana de un albañil.

La real Academia de San Fernando, fundada en 1752 por Fernando VI, posee una coleccion de cerca de trescientos cuadros que se hallan colocados en una serie de salas del vasto palacio de la calle de Alcalá, que la Academia disfruta juntamente con el Museo de Historia natural. No existe catálogo de estos cuadros, y lo que es todavía peor, algunas de las salas carecen de luz. Hay en ellas algunas buenas pinturas de Blas del Prado, Pereda, Cincinati y Orrente, y se hallan tambien los admirables cuadros de Murillo que representan á Santa Isabel de Hungría y el Sueño del patricio romano, obras maestras de este pintor, hurtadas en Sevilla por los franceses é injustamente retenidas por la Academia cuando volvian del Louvre.

El Museo nacional es una vasta coleccion de pinturas de mérito muy diverso, formada con los despojos de las comunidades religiosas en tiempo de la regencia de Espartero. Los profanados conventos de España han sido destinados á extraños usos y convertidos en cuarteles, hospitales, museos, fábricas, teatros, carnicerías ó manzanas de casas, segun las necesidades de cada localidad.

(Se concluirá.)

(1) La frase del escritor inglés es mucho mas dura que la que aquí empleamos. (N. de los TT.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — De cómo se viste la elegancia. — Confusion entre un hombre de mundo y un cualquiera. — La corte en Compiègne. — Los convidados á las cacerías imperiales.

La caza en Baden. — Modas á la órden del día. — Los vestidos baratos. — La bata clásica. — Diferencia entre la bata Voltaire y la bata Chateaubriand. — Libreas aristocráticas. — Descripción del figurin de este número.

Jamás la elegancia parisiense ha mostrado tanta negligencia en el vestir; esto procede de las costumbres actuales. En otro tiempo el hombre de mundo hacia visitas, se vestia para agradar, trataba de ser amable, discutia los colores á la moda, las actualidades, el corte de un frac ó de un chaleco. En el dia tiene todo esto por cosa frívola; es un personaje grave é importante, que si trata de algo, es de bolsa ó de caballos. Así sucede, que en tanto que el prendido de las mujeres es cada vez mas lujoso y mas extravagante, el traje del hombre es cada vez mas vulgar y mas mezquino. Unicamente en los círculos elevados se encuentra el tipo aristocrático de los altos señores de otro tiempo.

Todaya no hay nuevo que señalar en punto á vestidos de baile. La caza es el gran suceso del dia. La corte permanecerá en Compiègne hasta fines de noviembre. Hay cinco series de convidados. Las dos primeras comprenden á los príncipes y princesas Murat, el duque y la duquesa de Alba, el duque y la duquesa de Malakoff, los ministros de Guerra, Marina, Agricultura y Obras públicas; el duque y la duquesa de Magenta, el príncipe y la princesa de Metternich, el baron Rotschild; el conde de Lagrange, el marqués de Castelbajac y el baron y la baronesa de Bourging.

Se cita tambien entre los convidados de distincion pertenecientes á la aristocracia inglesa á lord Stafford y lord Dufferin. Las artes y la literatura estarán representadas por los señores Octavio Feuillet, de Sauley, Violet-le-Duc, Hebert, estatuario, y Regnault, director de la manufactura de Sevres.

Entre tanto las cazas en Baden se prosiguen con una animacion extraordinaria. Desde el 24 de agosto hasta el 20 de octubre, las cacerías han dado por resultado un total de 1,453 piezas.

Muchas familias inglesas y rusas se proponen pasar el invierno en Baden. Por primera vez en el invierno Baden será un centro de aristocracia y de elegancia.

Digamos algo de las modas actuales.

Están á la moda los vestidos baratos.

Un hombre de mundo se planta un paletó vulgar como un hombre cualquiera. Sin embargo, el paletó puede transformarse en prenda elegante ferrándole de terciopelo ó de granadina de seda; siquiera cuando está abierto se distingue su elegancia.

Bajo el paletó se lleva una levita ó un frac á la francesa. La levita se abotona un poco alta y lleva faldones anchos y con pliegues, en tanto que el frac á la francesa se cierra solo con el boton de arriba.

Los chalecos siguen siendo de chal, y su largo no varia. En cuanto á los pantalones son de forma ancha.

En las batas no hay otro cambio que el de los ribetes y los adornos, que variándose los colores pueden ofrecer un aspecto nuevo. Por lo demás, la bata clásica es la mas cómoda. Esta prenda se hace de dos modos diferentes. La una se abotona derecha con un cuellecito alto y se llama bata Voltaire. La otra llamada Chateaubriand tiene la forma de un chal abultado y se cierra mas ó menos.

La tela que se emplea por lo común es el merino, que llaman cachemira; pero no se usan ni la seda ni el terciopelo.

La librea sigue como la bata, siempre lo mismo. Casaca y chaleco á la francesa para lacayo y cochero, con calzon corto, medias blancas y zapatos con hebillas, para traje de gala. En cuanto alordinario, se compone de casaquilla á la inglesa, pantalon con vivo, y chaleco de chal un poco largo. Tambien se lleva el calzon corto con botines de color de avellana.

El groom y el cochero llevan generalmente una pequeña levita sin cuello abotonada hasta arriba, con un chaleco muy largo forma Luis XVI, cerrado aun mas alto que la levita. — El sombrero es siempre el mismo.

Terminamos esta revista con la descripción de nuestro figurin que representa trajes de invierno.

El primero se compone de un frac negro largo de talle, con los faldones largos y derechos por delante, y estrechos y redondos por abajo. Las solapas aplastadas. El cuello es de abertura derecha y muy estrecho por detrás, chaleco de piqué blanco, liso, con chal abierto adornado con un bonito transparente de terciopelo epinglé azul. Pantalon negro, un poco ancho de piernas, estrecho por abajo y sin trabillas. Este traje es muy conveniente para soirée y para teatro.

El segundo es de paseo. Se compone de un bonito paletó ajustado al talle, de uatina bronce claro, y forrado enteramente de seda por dentro. En cuanto á los delanteros van de una pieza con los faldones, y llevan bolsillos con carteras. Las mangas son anchas por arriba y estrechas por abajo. Por consiguiente, no se ve del chaleco mas que el interior del chal, puesto que el paletó es cerrado; el chaleco es de cachemira azul. Pantalon de cuadros negros y blancos, ancho de piernas y estrecho por abajo.

La tercera figura lleva un pequeño paletó-capa sin mangas, muy elegante y muy cómodo. Bajo esta capita se puede llevar cualquiera prenda. El pantalon es de forma ordinaria, sin trabillas.

Viene despues un niño de catorce años vestido con un pequeño paletó género inglés, muy corto y que cae derecho por delante y por detrás. El paletó se abotona á voluntad, y principalmente el boton de arriba, puesto que no tiene cuello.

El chaleco va cortado derecho y se abotona completamente. El pantalon es muy ancho, plegado en la cintura, estrecho por abajo y sin trabillas.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

El imperio de Marruecos.

Ahora que está excitada la atencion pública con motivo de la guerra entre España y Marruecos, creemos

serán leídos con interés los siguientes datos históricos y topográficos:

El vasto imperio de Marruecos es el último vestigio de los grandes Estados que los árabes fundaron en Africa despues del año 622, época en que Mahoma propagó por el mundo su doctrina y su política. Las dinastías musulmanas mas antiguas que dominaron en estas comarcas, son la de los aglabitas y la de los edresitas. El jefe de la primera fué Ibrahim-ben-Aglab, nombrado hácia el año 780 gobernador de Africa por el ilustre califa Harun-al-Raschid. Esta dinastía reinó 129 años en el país comprendido entre Egipto y Tunez. La segunda, fundada en 785 por Edris I, dilató sus conquistas hasta Fez y todo el Maghreb. Estas dos dinastías desaparecieron hácia el año 920, época en que los fatimitas se apoderaron de toda la Africa setentrional, acudillados por Obeid-Allah, que pretendia descender de Fatima, hija de Mahoma.

Los fatimitas conservaron íntegras durante un siglo las vastas posesiones que habian adquirido, hasta que á principios del siglo IX un jefe audaz y fanático, Abdallah-ben-Yasim, oriundo del Yemen, fundó la secta tan ambiciosa como enérgica de los almoravides, quitando á los fatimitas los reinos de Fez y el de Marruecos; él fué quien fundó tambien en 1052 la ciudad de este nombre.

Una nueva dinastía, la de los almohades ó unitarios, llamados así porque pretendian ser los solos que reconocian la unidad de Dios, surgió en el siglo XII; su fundador se llamó Abdu-Abd-Allah-Mohammed-al-Mahdi, el cual sublevó hácia el año 1150 á los kabilas contra los almoravides, á quienes arrebató tras dilatadas y encarnizadas luchas el imperio de Maghreb.

El poderío de los almohades duró un siglo: las causas de su disolucion fueron las disensiones que estallaron entre los jefes y miembros mas poderosos de esta secta célebre, que suscitó contra sí numerosos enemigos, y entre ellos los mas temibles, los merinitas, secta nueva que apareció el siglo XIII, y cuyo fundador fué Abd-Allah, que llegó á ser jefe de la tribu guerrera de los Ebn-Meriniz.

Adquirieron tal importancia los merinitas poco á poco, que llegaron á ser bastante fuertes para quitar á los almohades los reinos de Fez y Marruecos. Los merinitas desaparecieron á su vez y fueron reemplazados por las dos dinastías de los jerifes, cuyos descendientes reinan todavía. El nombre de jerife significa en lengua árabe noble; lo toman los jefes de familia que pretenden descender de Mahoma por su hija Fatima.

El jerife que constituyó el imperio de Marruecos acabó con la dominacion de los merinitas, en 1547; sus descendientes reinaron hasta 1650, en cuya época subió al poder una nueva rama, de la cual descende el actual emperador.

Los jerifes jamás han podido reconstituir el vasto imperio de Maghreb, tal cual era en tiempo de los árabes; así es, que el que se denomina hoy imperio de Marruecos, en cuyo territorio se halla la plaza de Ceuta, solo comprende los reinos de Fez, Marruecos, Sus y Taflete, que ocupan como 300 leguas de Oriente á Poniente, y 400 de Norte á Sur.

Su soberano, que se titula emperador de Africa, gobierna despóticamente sus Estados, sin corte, consejo, ni propiamente ministros. Para gobierno de las provincias elige los sugetos que le parece, los que se llaman alcaides, de quienes es heredero forzoso, por cuyo motivo suele recaer esta eleccion en los mas ricos; y para resarcir á sus familias de este vejámen, cuida del establecimiento de los hijos.

En los dos siglos anteriores se han visto muchas veces divididos estos Estados entre los hijos del emperador, y otras tantas destruirse mutuamente con sangrientas guerras civiles, de que se aprovecharon algunos usurpadores. Muley Ismael, con sus grandes cualidades y mayor crueldad, supo prolongar su reinado por muchos años; y aunque siempre agitado por divisiones intestinas, triunfó su firmeza de todo, hasta que murió pacíficamente el año de 1727. Sus sucesores han reinado los mas poco tiempo.

Los hijos del emperador aspiran todos á la corona con igual derecho, ya sean habidos en las mujeres que les asigna la ley, ó ya en las concubinas. Comunmente prevalece el que obtiene el sufragio de la tropa; y esta se inclina siempre al mas rico y al que la paga mejor.

La corona no tiene dominios conocidos propios suyos; pero lo son todas las provincias, pues á mas de ser el emperador dueño de vidas y haciendas de sus vasallos, tiene establecida y exige una capitacion anual sobre cada persona de ambos sexos, mayor de doce años; otra sobre cada hogar; el diezmo y primicias de todos los objetos de consumo y comercio, y cuantiosos derechos de introduccion y extraccion. Para su cobro no paga sueldo alguno; lo regular es darlos por arriendo á los alcaides ó gobernadores de las provincias, y si alguna vez se verifica que sea por administracion, corre gran riesgo la vida y hacienda del encargado, aunque sea sugeto de confianza y favor, si queda algun recelo de la pureza de su desempeño.

Este sistema de gobierno; los regalos que le han hecho diferentes veces varias potencias de Europa á su emperador; el fomento que ha tenido su comercio con los extranjeros, y la poca profusion de su corte, hacen presumir con fundamento que sea este soberano uno de los mas ricos. Algunos han ponderado la poblacion de estos reinos, alucinados sin duda por la fertilidad de sus territorios ó lo numerosos que suelen ser sus ejércitos; pero lo cierto es, que exceptuando las costas y

algunas provincias del reino de Fez y de Marruecos, todo lo demás está poco poblado.

Las ciudades de Fez y Mequinez son las que mas lo están, y el número de sus habitantes no excede de doscientos á doscientos cincuenta mil cada una. Siguese Marruecos con treinta y cinco mil, y de las principales despues de estas, la que mas tendrá de diez á veinte y cinco mil, con la circunstancia que no llegan á veinte y cuatro las de esta clase en los tres reinos de Fez, Marruecos y Sus, y que en este número se incluyen algunas, que en Europa ni aun el nombre de tales merecerán. Lo demás de su población está reducido á lugares medio destruidos, en los cuales ha conservado la casualidad algunas inscripciones que recuerdan lo que fueron en tiempo de los godos y de los romanos, como para demostrar que tanto destruye á un país la ignorancia como la incuria de los tiempos y las calamidades de las guerras civiles.

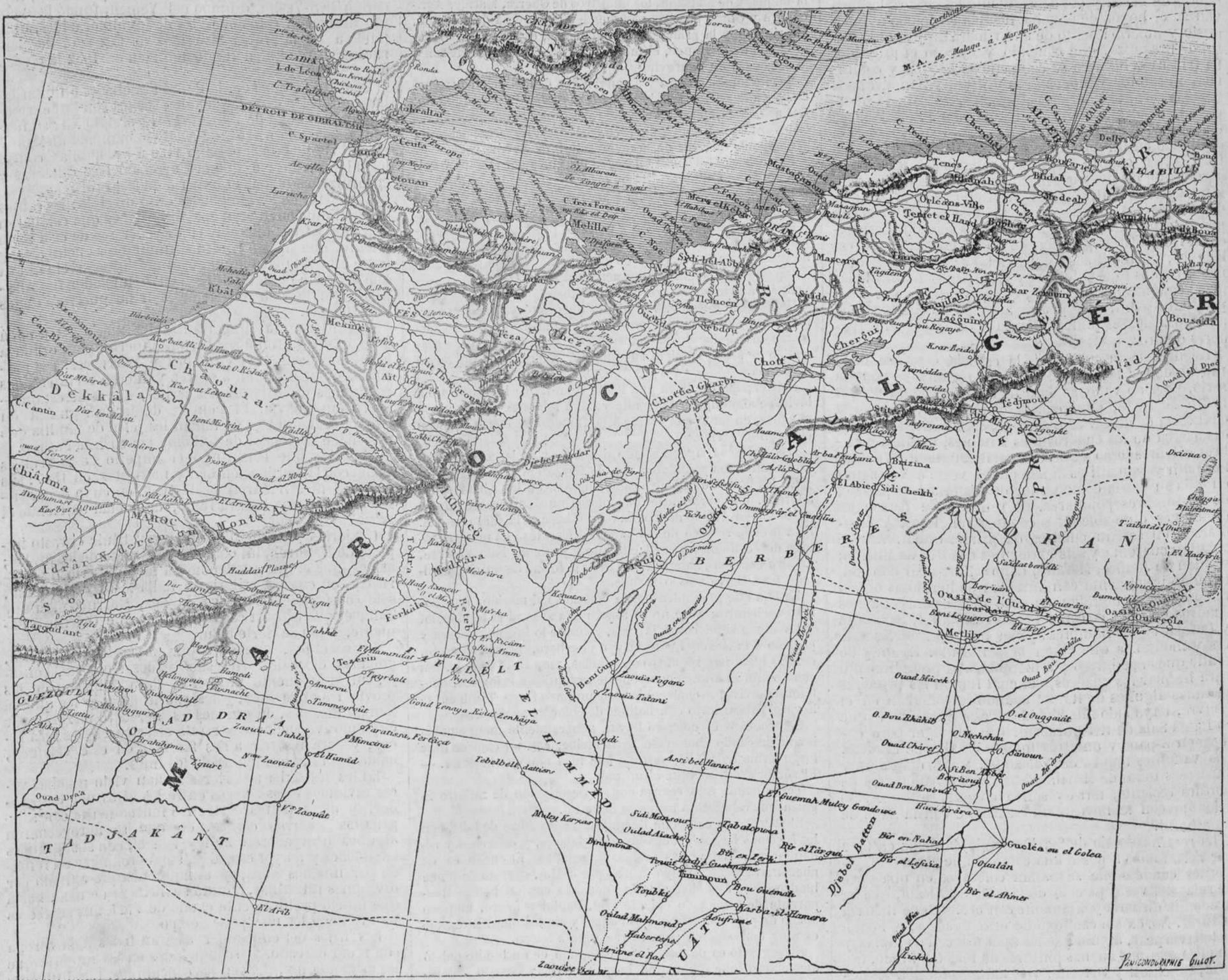
La abundancia de las lluvias, el crecido número de

rios y arroyos que baña este país y la fertilidad natural de sus tierras, á pesar de la incuria y desidia de sus moradores, hace producir á este suelo con abundancia todos los objetos necesarios para la vida, como ganado, harinas y menestras: y para el comercio cera, tabaco, gomas, lana y cobre. En muchas partes da treinta por uno lo que se siembra; se cogen tres cosechas al año, y sus productos se exageran hasta decir que son cien veces mas de lo que consumen sus moradores.

Los primeros progresos de los hombres en las artes dejen naturalmente tener por objeto, despues de su manutencion, su vestido y alojamiento. Los moros vistren ropa talar, variando el género y calidad segun su clase y riquezas. En los mas es de lana, sin otra cosa debajo. El jaique de lana, albornoz y las labuchas son el traje comun. Los montañeses pobres solo llevan un camison de paño atado con un cinturon. Aunque este traje parece algo embaraoso, el hábito de usarlo y su

método de vida deja á los moros una agilidad extraordinaria, pero los aniquilan los calores: esta causa, unida á otras, postran su espíritu mucho antes que suele producirlo la edad. Sus casas son de un solo piso, y tan escasas en ellas el alojamiento y las comodidades, que se debe preferir á ellas una mala tienda. Las paredes son, ó de barro zulado con mezcla, ó de ripio embebido en tierra mojada. Casi no tienen ventana que dé á la calle, y las pocas piezas que tienen luz la reciben de un solo punto que tiene descubierto el interior de la fábrica. Los únicos edificios de alguna consideracion son las chezmas y los alcázaras del emperador.

Mequinez y Marruecos son las dos ciudades principales despues de Fez, y sus calles, por no estar empedradas, se hallan intransitables en tiempo de las aguas. Solo Fez presenta algunos objetos que dan á conocer que esta potencia está inmediata á la civilizada y culta Europa. En dicha ciudad reside lo florido de su comercio, y sus moradores son tan celosos de sus privilegios



CARTA PARA SEGUIR LAS OPERACIONES EN EL IMPERIO DE MARRUECOS.

y tan desconfiados del despotismo de su gobierno, que no permiten al emperador que resida en ella.

Los moros viven sóbriamente, aman en extremo la guerra, son sufridos y resisten infinito á la intemperie y fatiga; pero su mal gobierno, su ignorancia y las ridículas supersticiones de su religion, les infunde un desprecio general hácia las demás naciones. La poca recompensa de sus servicios les induce á una codicia que no tiene igual; los mas caracterizados no se desdanan de recibir, ni se humillan en pedir, y los de clase inferior propenden al robo extraordinariamente.

Las plazas fuertes de este imperio tienen casi todas su recinto arruinado, y para su defensa algunas baterias sobre las playas inmediatas, fiando mas bien su conservacion á su muchedumbre y prontitud de socorro.

El ejército permanente del emperador se eleva á unos 40,000 hombres de infanteria y 20,000 de caballeria; pero todos sus vasallos, sin excepcion alguna, toman

las armas si así lo exige, ó cada provincia le contribuye con el contingente de hombres que le tiene señalado; de aquí proviene lo numerosos que suelen ser sus ejércitos, pues la sola provincia de Temesua, una de las siete del reino de Fez, puede armar 50,000 infantes y 8,000 caballos.

Los árabes que no tienen domicilio fijo y andan errantes en el reino, forman el cuerpo de caballeria que constituye la principal fuerza del ejército.

Su artilleria es mala; la corta instruccion que tienen en este ramo y en el de fortificaciones, les hace buscar para cualquiera empresa artilleros é ingenieros extranjeros. Poco ó ningun recelo pueden causar á esta potencia sus confinantes por tierra: al Sur de ella se extiende un vasto desierto, despues del cual están los negros, cuya reunion es difícil, y por consiguiente poco temible, á pesar de que su genio guerrero los hizo apreciados á Muley-Ismael, quien atrajo á muchos á vivir en sus reinos. Al Oriente están situadas Argel,

Tunez, etc., por donde avanza la civilizacion y las armas de la Francia.

Por último, este vasto imperio marroqui carece de union en las partes que lo componen.

Los moradores de las montañas resisten cuanto pueden el pago de las garramas: en las inmediaciones de Melilla hay siempre un cuerpo de tropas del emperador destinado á resistir las incursiones de los angades, pueblos vecinos muy guerreros. Algunas provincias del interior parecen mas bien de aliados que de vasallos, de lo que resulta, que el reinado de estos soberanos es mas bien una continuacion de correrias para sujetar rebeldes, que una sucesion de años tranquilos, dedicados á sacar de la infancia y de la barbarie á estados tan hermosos y pingües; así que el emperador marroqui mirará como primer objeto de su saña los establecimientos que tiene España en sus dominios, y sobre todo el de Ceuta, cuya situacion la constituye en freno del comercio y en limite del poder indigena.